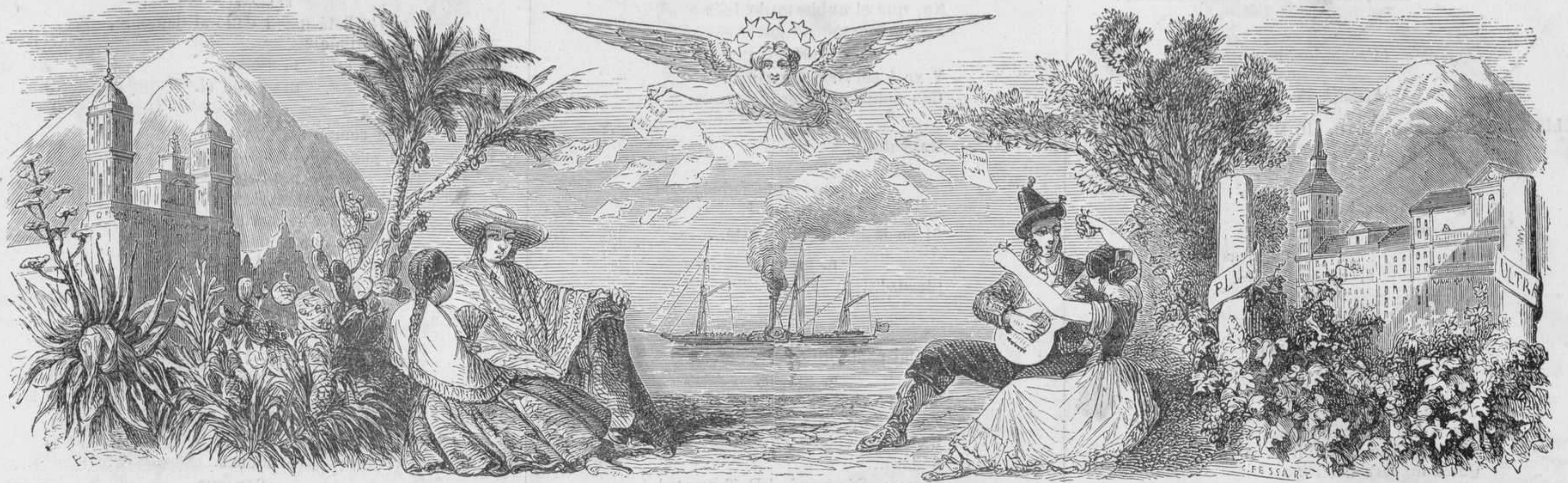


# EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1856. — Tomo VIII.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

Año 15. — N° 198

Administracion general, calle del faubourg Montmartre, n° 10 en Paris

SUMARIO.

Insignias de la consagracion de los emperadores de Rusia; grabado. — La hipocresia del vicio. — Grandes fiestas de la coronacion del emperador Alejandro en Moscou; grabados. — Ceremonia de la coronacion en la iglesia de la Asuncion en el Kremlin de Moscou; grabado. — Revista de Paris. — Gerifalte. — La fiesta del 15 de agosto en Geryville; grabados. — Revista de la moda. — Hombres ilustres de la América española. — Las carrozas de aparato de la coronacion del emperador de Rusia; grabados.

reunidos con las diademas que se usaron para las grandes ceremonias de las coronaciones sucesivas de los czares y czarinas que reinaron en Rusia, todos los emble-

mas del poderio imperial, sea sobre la Moscovia propiamente dicha, sea sobre los diferentes Estados que constituyen hoy parte integrante de ese vasto imperio.

Allí se ven colocados con el mayor orden y sobre ricos tapices ó almohadones admirablemente bordados :

Los tronos y las coronas de la Siberia, — de la Polonia, — de la Crimea, — de Moscou, — de Novogorod y de Kazan ;

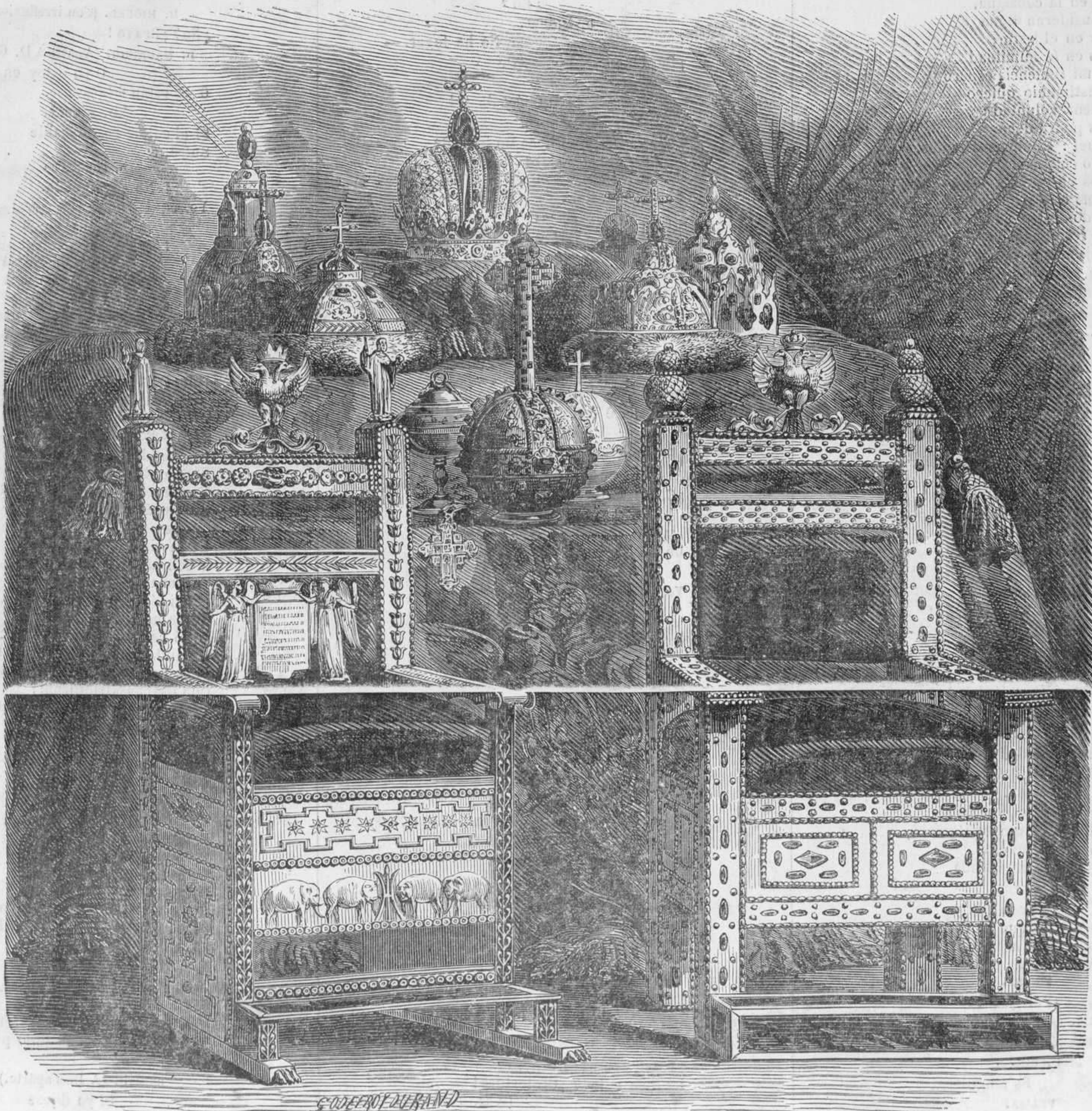
Las esferas, los cetros, las espadas, las cruces, copas y cálices, insignias de la doble autoridad temporal y religiosa que reunen los soberanos de todas las Rusias.

Aunque la mayor parte de las piezas que componen esa sorprendente exposicion única en el mundo, se hallen enteramente cubiertas de pedrerías de un tamaño y de un valor incalculables, llaman principalmente la atencion estas curiosidades regias por los recuerdos que despertan en todo ruso. Aquí está su gran interés, y seguramente podemos decir que este interés les faltaria, si se viniese á considerar solo bajo el punto del arte su ejecucion siempre suntuosa pero muy poco notable como arte clásico.

G. F.

**Insignias**  
DE LA  
CONSAGRACION  
DE LOS  
EMPERADORES  
DE RUSIA.

Las antiguas insignias que servian para las ceremonias de la consagracion de los emperadores de Rusia, que se ven dibujadas en el grabado adjunto, forman parte de los objetos preciosos expuestos en el Kremlin de Moscou. En las galerías de ese inmenso tesoro donde se hallan acumuladas riquezas incalculables se encuentran



Coronas, tronos é insignias de la consagracion de los emperadores de Rusia.



## LA HIPOCRESÍA DEL VICIO,

Comedia inédita en tres actos y en verso

DE

D. MANUEL BRETON DE LOS HERREROS.

(Conclusión.)

## ESCENA IX.

FELISA. INÉS. D. TORCUATO. D. MIGUEL. D. MAURICIO.  
D. GINÉS. BENITO.

FELISA.

(Conmovida estoy.)

BENITO. (Aparte á Inés.)

¿Qué es esto?

D. GINÉS.

Veamos la cara.

D. MAURICIO.

¡Que hable!

FELISA.

Ya que esa jóven amable  
Quiere que ocupe su puesto,  
Con harta desconfianza  
Lo haré, que al suplir la suya  
Quizá mi cara destruya  
Algún dulce esperanza.

D. MIGUEL.

(Su voz... ¿Qué me anuncia el alma?  
Temo...)

FELISA.

Si soy tan fatal

Que á mi donosa rival  
Disputo en vano la palma;  
Si cuando el velo me quite,  
Quizá para mi mancilla,  
El amor propio se humilla  
Del que en su casa me admite;  
Si sus amigos, en fin,  
Burlados en la consigna,  
No me consideran digna  
De reinar en el festin;  
Al ménos en la humildad  
Con que mi sentencia espero  
Dar un testimonio quiero  
De mi buena voluntad:  
Al ménos podrá decir  
Don Miguel: « Buenas ó malas,  
Porteras ó colegialas,  
Tengo dos en que elegir; »  
Y si triunfa otra princesa  
Y yo quedo destronada,  
Recogeré resignada  
Las migajas de la mesa.

D. GINÉS. (Aparte á D. Mauricio.)

¿Habrá aquí alguna engañifa?

D. MIGUEL.

¿Señora...

FELISA.

Alzo pues el velo.

(Se descubre.)

D. MIGUEL.

¡Ah!

D. GINÉS.

¡La del retrato!

D. MIGUEL.

¡Oh cielo!

BENITO. (A Inés.)

¿Quién...

INÉS.

¡Calla!

D. MAURICIO.

¡La de la rifa!

D. MIGUEL.

Angel mio, yo me postro

A tus piés...

FELISA. (Deteniéndole.)

No lo permito.

D. MIGUEL.

El perdon de mi delito

Leo en tu divino rostro.

FELISA.

Sí, señor; Dios me lo manda;

Que, al fin, como otro cualquiera,

Es prójimo un calavera

Y mi condicion muy blanda.

D. MIGUEL.

¡Ah! ¿Y tan dichoso soy yo

Que, á pesar de que la injuria,

Honra usted este tugurio...

Y mi mesa...

FELISA.

¿Por qué no?

D. MAURICIO. (Aparte con D. Ginés.)

¿Qué opinas tú...

D. GINÉS.

Es singular...

FELISA.

Debo suponer y espero

Que tan fino caballero

Me dará bien de almorzar.

D. MIGUEL.

Si hay aquí alguna asechanza,  
Alguna burla traidora,  
Confiese usted, señora,  
Que es muy cruel su venganza.

FELISA.

No, que el cubierto de Inés  
Acepto con mucho gusto.

INÉS.

Y yo á servirla me ajusto  
Con noble desinterés.

FELISA.

Haré mas.

BENITO.

(¡Qué desenfado!)

FELISA.

Si no le incomoda á usted...

D. MIGUEL.

¡Jesus!...

FELISA.

Le presentaré

De mi parte un convidado.

D. MIGUEL.

Traiga usted al orbe entero:  
Todo lo pongo á esos piés;  
Hacienda, vida... ¿Quién es,  
Señora...

FELISA. (Mostrando á D. Torcuato.)

Este caballero.

D. MIGUEL.

¡Eh!

D. MAURICIO.

¡Bien por Dios!...

D. MIGUEL.

¡Ese impío!

Me es muy duro, á la verdad,  
Contrariar la voluntad  
De quien reina en mi albedrío;  
Pero ese hombre...

FELISA.

¿Eh?

D. MIGUEL.

No ha lugar. —

¡Perdone usted...

FELISA.

¡Qué galante!

D. MIGUEL.

¿Sabe usted que hace un instante

Nos íbamos á matar?

¿Sabe usted... ¡Sangre!... ¡Exterminio...!

Que el retrato...

FELISA.

Lo sé todo.

Ya es suyo, y en cierto modo

Estoy bajo su dominio.

D. MIGUEL.

¡Señora... Yo... ¡Suerte ingrata!

D. MAURICIO. (Aparte con Don Ginés.)

Bien dije que habia duende...

FELISA.

Si perdono á quien me vende,

¿Qué haré con quien me rescata?

D. MIGUEL.

¡Perdon! ¡Piedad! En mal hora..

BENITO. (A Inés.)

¿Cómo saldrá de esta red?

D. MIGUEL.

¿Ha de responder usted

De mis locuras, señora?

FELISA.

Yo...

D. MIGUEL.

La posesion, casual,

De un retrato en miniatura

¿Da derecho por ventura

A la del original?

FELISA.

No siempre: hoy sí.

D. MIGUEL.

¡Es fuerte cosa!

Habla usted...

INÉS. (A Benito.)

Ahora le clava.

D. MIGUEL.

Como si fuese su esclava.

FELISA.

Poco ménos: soy su esposa.

D. MAURICIO.

¡Calle!

D. MIGUEL.

¡Oh Dios!

BENITO.

Ahora comprendo.

D. MIGUEL.

¿Y así, con esa frescura

Lo dice usted? ¡Oh tortura!

(A D. Torcuato.)

¿Es cierto?

D. TORCUATO.

Sí,

D. MIGUEL.

¡Esto es horrendo!

¿Con que no solo la imágen  
Me usurpa — ¡Oh Dios verdadero! —,  
Sino tambien... ¡No! Primero  
Consentiré que me sajen.

FELISA.

¡Ba! ¿Está usted dado al demonio,  
Don Miguel?

D. MIGUEL.

Creo que sí.

FELISA.

¿Se rompe así como así  
El yugo del matrimonio?

D. MIGUEL.

¡Oh! pese al marido, al suegro  
Y al cura y al sacristan,  
Siempre con el mismo afan  
La amaré á usted.

FELISA.

¿Si? Me alegro.

D. MIGUEL.

¿Cómo! ¿Usted... ¡Dios infinito!

(Con fatuidad.)

¿De veras...!

FELISA.

Sí.

D. MIGUEL.

¿Con que...

FELISA.

¡Amén!

¿Cómo no, si yo tambien

Le quiero á usted...

D. MIGUEL.

¿Si?

FELISA.

Un poquito.

D. MIGUEL. (Receloso.)

Pero otro es dueño... Y yo... Cuando...

FELISA.

Mi marido no se agravia...

D. MIGUEL. (Con irreflexion.)

¿No? ¡Bravo!

D. MAURICIO. (Aparte á D. Ginés.)

O yo estoy en bacia,

O le están *misticando*.

D. MIGUEL.

Si el editor responsable

Sufre...

D. TORCUATO.

No soy egoista.

Yo...

D. MIGUEL.

¡Aplaudo!...

(A D. Mauricio á media voz.)

¡Uno mas en lista!

Magnífico!

D. TORCUATO. (Con indignacion.)

¡Miserable!

D. MIGUEL.

¡Qué oigo!

D. TORCUATO.

Ya te conducia

Al puerto de salvacion

La voz de tu corazon,

Sano quizá todavia;

Y otra vez — ¡culpable error! —

Vuelve á tus ojos la venda

Que te aparta de la senda

De la virtud y el honor;

Y con necio fanatismo

Torpeza á torpeza añades,

¿E hipócrita de maldades

Te calumnias á tí mismo!

¿Qué has visto en mí que confirme

Tu audacia? ¡Pesia Luzbel!

¿Cuadra á mi rostro el papel

Que osabas atribuirme?

Y al ver ¡oh Dios! el encanto

De esta criatura bella,

¿Qué puedes inferir de ella

Que no sea noble y santo?

Con inocente misterio

A prueba puso, es verdad

Tu insolente vanidad

Y tu menguado criterio;

Pero ¿tanto perturbó

Tu cerebro Belcebú,

O tan reñido estás tú

Con las gentes de honra y pro,

Que ya aspirar no te es dado,

Envilecido y abyecto

A merecer un afecto

Puro y desinteresado?

D. MIGUEL.

Hombre, á quien ya reverencio,

Por mas que á mi orgullo pese,

¿Quién eres?

BENITO. (A Inés aparte.)

Si yo dijese

Una palabra...

INÉS.

¡Silencio!



D. TORCUATO.  
Si la pretendida gloria  
Que te lleva al precipicio,  
Sobre trastornarte el juicio  
Te ha embargado la memoria,  
De tí ya no espero nada,  
Ni diré que te extravía  
Vergonzosa hipocresía,  
Sino maldad declarada.

D. MIGUEL.  
¡Qué luz... ¡Oh Dios... ¡Solo un hombre  
Tiene para hablarme así  
Derecho.

BENITO. (Sin poderse contener.)  
¡Animo!

D. MIGUEL.  
¡El es, sí!

¡Don Torcuato!

D. TORCUATO.  
Ese es mi nombre —  
Con licencia de Benito.

D. MIGUEL. (En ademán de querer arrodillarse.)  
¡Ah señor!...

D. TORCUATO. (Deteniéndole.)  
¡Quieto!

D. MIGUEL.  
¡Perdon!

Pero ella... ¡Ah, mi corazón...

FELISA.  
No te engaña. ¡Oye su grito!

D. MIGUEL.  
¡Hermana!

FELISA.  
¡Miguel!

D. MIGUEL.  
¡Felisa!

FELISA.  
¡Ven á mis brazos!

D. TORCUATO. (Interponiéndose.)  
No quiero.  
(A D. Miguel.)

Arrodíllate primero  
Y besa el polvo que pisa.

D. MIGUEL. (De rodillas.)  
Sí. ¡Oh ceguedad! ¡Oh rubor!

FELISA.  
Mas bañada en dulce llanto  
Yo á mis brazos le levanto...

(Lo hace.)  
Quiera ó no quiera el tutor.

D. MAURICIO.  
¡Su hermana!

D. GINÉS.  
¡Qué peripecia!

D. TORCUATO.  
¿No me abraza á mí el rapaz?

D. MIGUEL. (Abrazando á D. Torcuato.)  
¡Ah!

D. TORCUATO.  
Luzca el iris de paz.  
Tras de borrasca tan recia.

D. MIGUEL.  
Perdona, Felisa amada;  
Pero te dejé tan niña...  
Y la ausencia...

(Mirando á D. Torcuato.)  
Y nuestra riña...

FELISA.  
Harto mi tormento fué  
En reprimir todo un día  
El gozo...

D. MIGUEL.  
¡Era hermana mía  
La que mi dama juzgué!

D. TORCUATO.  
De paciencia tan cristiana,  
De fé tan ardiente y pura  
Solo es capaz la ternura  
De una madre ó de una hermana.

FELISA.  
Yo cumplí, al fin, con Miguel  
Una obligacion sagrada;  
Pero, sin deberle nada,  
¿Qué no ha hecho usted por él!

D. GINÉS.  
Perseguirle sin cesar...

D. MAURICIO.  
Tratarle á lo somaten...

INÉS.  
Dice el adagio: « El que bien  
Te quiera te hará llorar. »

D. MAURICIO.  
¡Ba! ¡Dejarle en dos albuces  
Sin un cuarto...

D. GINÉS.  
¡Buena es esa!

D. TORCUATO.  
¡Qué dolor! ¡Robar su presa  
A tan amables tahures!

D. MAURICIO.  
(¡Diablo...) Siendo la intencion  
Sana... aunque el acto es cruel...

D. TORCUATO.  
Me basta á mí que Miguel  
Aproveche la leccion;  
Mas, si lo desea alguno  
Entraremos en materia  
Y todo saldrá á la feria.

D. MAURICIO.  
No. ¿A qué fin?...

D. GINÉS.  
No es oportuno...

D. MAURICIO.  
Ha sido chanza...

D. TORCUATO.  
No obstante,  
Apunte usted en su archivo  
Lo que hago con el recibo...  
(Lo saca y lo rompe.)  
Y lo que hice en el cuadrante.

D. MAURICIO.  
(¡Zape!)

D. MIGUEL.  
¡Ah Señor!  
(Le besa afectuosamente la mano)

D. GINÉS. (Mirando al cuadrante.)  
(¡La una en punto!)  
(Aparte á D. Mauricio.)  
¡Qué frio es este jardín!

D. MAURICIO.  
Las apariencias... En fin,  
No se hable mas del asunto;  
Y pues él se reconcilia  
Con usted...

D. MIGUEL.  
Son de mal tono  
En su prosáico abandono  
Las escenas de familia.  
Yo os llamé para una fiesta  
Que se ha quedado en proyecto,  
Y así...

D. GINÉS.  
Entiendo.

D. MAURICIO.  
Con efecto  
Nuestra atmósfera no es esta.

(Saludando.)  
Señorita...

D. GINÉS.  
Muy rendido  
Servidor.

D. MAURICIO. (A D. Miguel.)  
Te doy de baja.

D. MIGUEL.  
Mil gracias.

D. GINÉS. (Aparte con don D. Mauricio, yéndose los dos por la  
puerta de la quinta.)  
¡Era una alhaja!

D. MAURICIO.  
Sí. ¡Lástima... ¡Le han perdido!

ESCENA ULTIMA.

FELISA, D. TORCUATO, D. MIGUEL, INÉS, BENITO.

D. MIGUEL.  
Corrido estoy de vergüenza.

D. TORCUATO.  
Bien; esa es prueba segura  
De que cesa la locura  
Y el escarmiento comienza.

FELISA.  
Y la dicha de los tres. —  
Pero dame de almorzar...  
Si merezco reemplazar  
A Adelaida la de Uclés.

D. MIGUEL.  
Calla ¡por Dios! No renueves...

D. TORCUATO.  
¡Miguel!  
(Le toma cariñosamente la mano.)

FELISA.  
Bendice esa mano.

D. MIGUEL.  
¡Ah, sí!

FELISA.  
Aun no sabes, hermano,  
Cuanto le debo y le debes.

D. TORCUATO.  
¿A mí? Nada, Yo no influyo...

FELISA.  
Con desvelo paternal  
Aumentó nuestro caudal...  
¡Tal vez á costa del suyo!

D. TORCUATO.  
No se hable de eso, ó me enfado.  
Viviendo juntos los tres,  
Todo es de todos.

FELISA.  
¡Inés!

(Le toma la mano.)  
Tu celo será premiado.

D. MIGUEL.  
De hoy mas ¡vida nueva!

D. TORCUATO.  
¡Oh! Sí!

Y apuesto á que no te quejas  
Del cambio, no, si te dejas  
Guiar por ella y por mí.

FELISA.  
¡Eh! Ya no es un colegial.  
Con sus propias alas vuela,  
Siempre que no se rebele  
Contra su buen natural.

D. MIGUEL.  
¿A qué ¡oh Dios! correr en posta,  
Si el alma al bien me convida,  
Tras una gloria mentida  
Que se adquiere á tanta costa?  
¡Afuera el traje postizo  
Que arrepentido condeno!

D. TORCUATO.  
Y cada cual, malo ó bueno,  
Sea... como Dios le hizo.

FELISA.  
Porque al fin, acá inter nos,  
Siendo tanta su bondad,  
¿No es una temeridad  
Enmendar la plana á Dios?

BENITO.  
Pues; y al bajar al profundo  
Dirá el que pecó de veras:  
« Consuéleme en las calderas  
Lo que he gozado en el mundo... »

INÉS.  
Mas pudiendo ir á la gloria  
A que Dios le llama en vano,  
¡Condenarse un ciudadano  
Porque gozó... de memoria!...

D. MIGUEL.  
Es error...

FELISA.  
Falta de juicio...

D. TORCUATO.  
Digámoslo bien y pronto:  
Es un pecado muy tonto  
LA HIPOCRESÍA DEL VICIO.

FIN DE LA COMEDIA.

## Grandes fiestas de la coronacion del emperador Alejandro en Moscou.

Moscou setiembre de 1856.

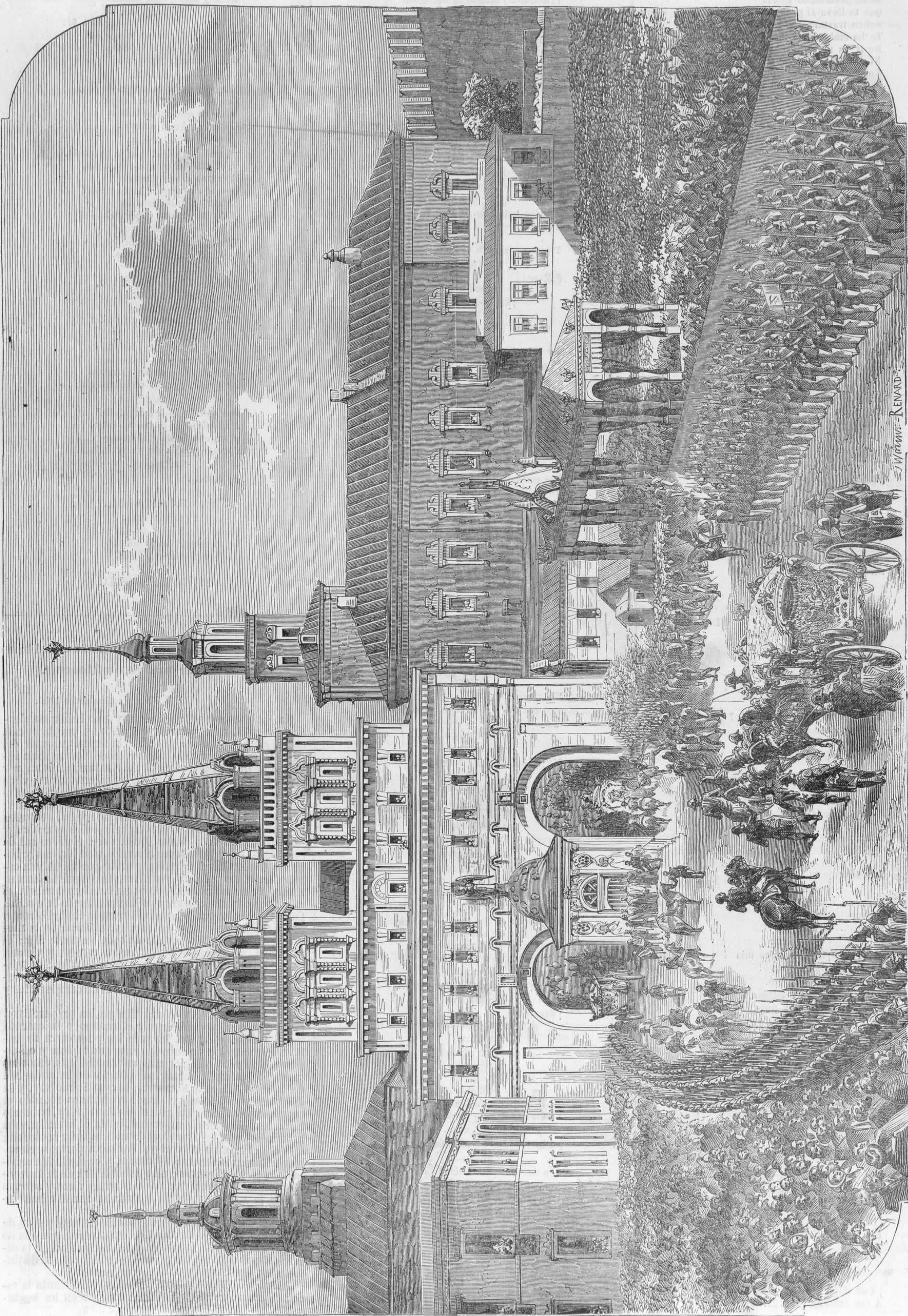
Hace dias que estoy en Moscou y creo haber empleado bien mi tiempo, pues no se visita en una hora esta madre de las ciudades rusas como la llama un autor del país. Querer hacer una descripcion de Moscou seria intentar lo imposible; además las fiestas reclaman por ahora toda mi atencion. Un dia quizá contaré mi viaje de San Petersburgo á Moscou; pero ante todo quiero decir la impresion que sentí al entrar en la ciudad santa; esperaba hallar una ciudad de la edad media, con casas emnegrecidas por el tiempo, con callejuelas estrechas y tortuosas, pero nada de eso. Moscou con el claro sol de estos dias, me recuerda las ciudades mas blancas y bonitas de la Andalucía; me sorprende que no hablen español en torno mio. Y ese Kremlin (aquí le llaman Kremlin) que me figuraba como una fortaleza sombría, es mas blanco y mas alegre que lo restante de la ciudad. Construido sobre un terreno desigual la ciudad ofrece á cada paso un panorama de los mas variados; de la meseta del Kremlin la vista abraza toda la parte Sur; el Moskowa, rio perezoso, forma largos recodos y viene á bañar los muros de la fortaleza, y la multitud de tejados casi todos pintados de verde dan la idea de una vasta pradera donde se destacan millares de campanarios y de cúpulas.

La ciudad habia hecho con tiempo los preparativos. En el camino que debia seguir el cortejo á la entrada solemne del emperador, los palacios y las casas se habian engalanado; no se veian mas que tapices y colgaduras. Entre los edificios mas adornados citarémos las casas Obolianinoff, Bering, el palacio de la embajada de Francia, la casa Korsakoff, la casa Schilofsxy, y la del príncipe Bieloselsky donde se hallaba reunido el cuerpo diplomático. Del palacio de Petrowsky, habitado hacia tres dias por el emperador, hasta el Kremlin, una grande arteria, el *Twerskaya* atraviesa toda la ciudad; este era el camino del cortejo. Por todas partes se elevaban tribunas ricamente adornadas y cubiertas de señoras con trajes elegantes; una doble hilera de la hermosa guardia imperial con sus uniformes ricos y severos cubria la carrera y detrás se apiñaba una muchedumbre respetuosa.

Pero resuena el cañon acompañado del repiqueteo de todas las campanas de Moscou; el emperador acaba de entrar en Moscou; todas las miradas se fijan en la direccion que debe seguir el cortejo y en breve se distinguen los gendarmes que abren la marcha:

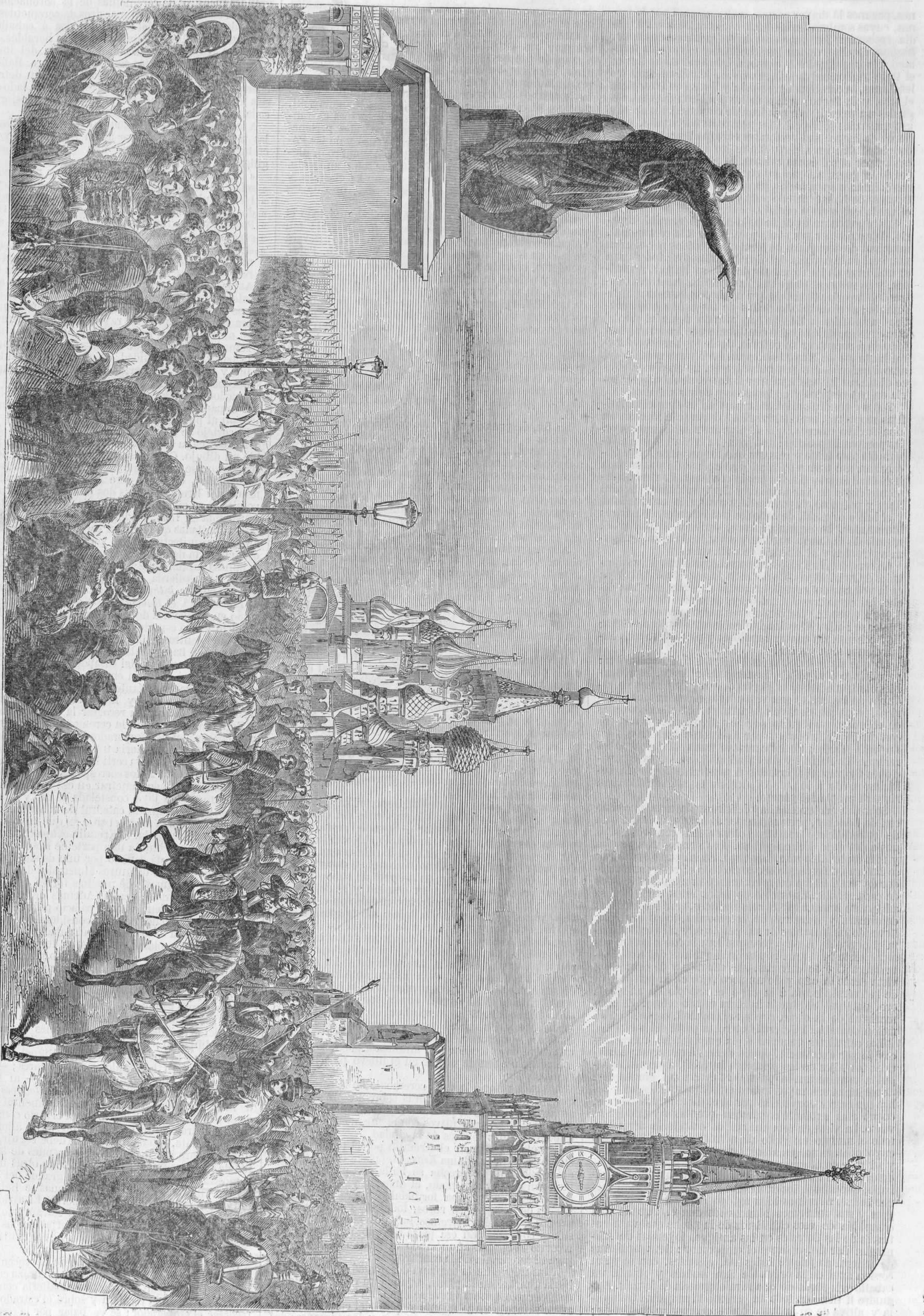
Despues del peloton de gendarmes, se adelanta la escolta particular del emperador: consiste en los legh-





Entrada del emperador de Rusia en Moscou, por la puerta de la Resurreccion, delante del Kremlin.





Proclamacion en la plaza Krasnaia del dia fijado para la consagracion imperial.



nes, paganos la mayor parte ó mahometanos por lo ménos, cuyas sombrías armaduras y cascos de la edad media recuerdan los guerreros de las primeras cruzadas. Después de ellos vienen los tcherkesses agregados también á la guardia de la persona del emperador; llevan el traje tradicional de colores vivos, marchan como los leshines, la carabina empuñada y llevan en bandolera el arco y la flecha, armas de los pueblos nómadas. Siguen un magnífico escuadrón de cosacos del mar Negro montados sobre caballos negros de corta talla, pero llenos de fuego; sus uniformes encarnados y sus gorros de pieles dan un aspecto fantástico á sus rostros bronceados por el sol de las estepas. El regimiento de cosacos de la guardia, que les sucede, deja flotar al viento sus dolmanes encarnados, parecidos á los de los húsares. Después de haber pasado esta escolta militar, empieza el verdadero cortejo oficial.

Los representantes de toda la alta nobleza del imperio, delegados por sus pares para asistir á la ceremonial, marchan de dos en dos de frente, precedidos por el gran mariscal de la nobleza del distrito de Moscou; todos usan el uniforme de las funciones de que se hallan revestidos, y se reconoce entre sus filas infinitos hombres ilustres del imperio. El cortejo que le sigue es aun mas interesante; es el de los diputados de las poblaciones asiáticas sometidas á Rusia; han venido desde el uno al otro extremo de ese vasto continente que los czares han forzado á reconocer su poderío, desde los bordes del Dural hasta los de Saghalien, para inclinarse delante del amo á quien deben jurar obediencia. En medio de ellos se distingue los embajadores tártaros, de salvaje bizarria en sus vestidos y en los arneses de sus caballos.

Todos estos diplomáticos improvisados tienen magníficas monturas, mas habituadas á devorar la llanura en una furiosa carrera, que á figurar tranquilamente en las pompas imperiales; casi todos se irritan y se indignan del paso lento y regular que les imponen, y se encabitan con una tenacidad que apenas la consumada habilidad de sus ginetes puede contener. Es verdaderamente digno de ver todos esos fieros soldados, de aire libre y poderoso, cuyos vestidos tienen la originalidad y el brillo oriental, de cabellos casi erizados, de narices humeantes, de espumosa boca, símbolo ostensible del triunfo de la fuerza regular y organizada sobre la fuerza anárquica y al albedrío de cada uno.

La servidumbre imperial marcha próxima á los diputados de Asia. El vestido de cada lacayo de á pié ó de cada volante del cortejo ha costado, segun me han dicho, así como tres ó cuatrocientos rublos de plata (de 1,000 á 1,200 fr.) convertidos en galones de oro, con los cuales se hallan literalmente cubiertos de piés á cabeza; hay ochenta sin contar cazadores y picadores, mas lujos aun, si es posible.

Lo que sigue traspasa los límites de la imaginación: veinticinco ó veintiseis carrozas de aparato, inestimables obras maestras, cubiertas de oro y terciopelo, algunas de las cuales son verdaderos monumentos históricos, todas con tiros de seis caballos, se hallan ocupadas en el orden gerárquico por los dignatarios investidos con cargos de la corte y por miembros del Consejo del Imperio. Muchas de las carrozas traen la fecha de los reinados de Pablo I y de Catalina II, en cuyas coronaciones figuraron; aquellas son generalmente de un bellísimo estilo á lo Luis XV, decoradas con la minuciosa riqueza propia del género.

Sobre las portezuelas hay deliciosas pinturas, que si no son de Boucher, pertenecen por lo ménos á la escuela de este delicioso maestro; otras están construidas al gusto del siglo décimo-séptimo, mas severo, mas macizo y mas espléndido aun. Los tiros, de un gusto exquisito, se hallan cubiertos de oro como todo el resto; un cazador de gran librea de gala tiene de la mano las riendas de cada caballo. En medio de todos estos carruajes se adelantan innumerables chambelanes, gentiles-hombres de cámara y maestros de ceremonias, todos á caballo, llevando las insignias de sus empleos, y galoneados hasta el punto de hacer creer que han bordado en sus casacas hasta la última pepita de las minas del Ural. Esta larga fila de carrozas, de caballos y de cazadores, vista desde lo alto y de un poco lejos en la perspectiva de la Tverskaia, da á la calle el aspecto de un río de oro, del que el Simois hubiera estado celoso. El gran mariscal de la corte, conde Schonvaloff, sentado en su faeton descubierto, cierra la tercera parte del cortejo.

Los caballeros guardias de la emperatriz, cuerpo escogido por excelencia, donde tienen á honor ser admitidos los hijos de las primeras familias, aparecen enseguida y anuncian la próxima llegada del emperador. El sol lanza sus rayos sobre sus corazas plateadas y sobre sus cascos dominados por el águila de dos cabezas, cuyas alas extendidas parecen prontas á extender su vuelo. La vista de esta magnífica caballería arranca á todo el mundo un grito de admiración; ni un caballo cuyo aparejo no sea absolutamente del matiz adoptado y ni uno en el que no se reconozcan las señales evidentes de su raza. Los coraceros de la guardia de á caballo, que siguen los caballeros-guardias, no son ni ménos bellos, ni ménos bien equipados; sus cabellos negros y sus uniformes blancos les dan el aire de una compañía de esos caballeros de la noche que vagan al través de las florestas en las antiguas leyendas de Alemania. Por fin, aparece el emperador: lleva uniforme de general en jefe de todos sus ejércitos, con el gran cordón azul de la orden de San Andrés y monta un caballo gris-pardo de una rara elegancia de formas. Alejandro II tiene en toda su persona la majestad tranquila y altiva de su augusto padre el emperador Nicolás; quizá haya un poco mas de suavidad en la expresión

de sus rasgos y en la mirada de sus grandes ojos azules que brillan con una bondad serena.

Saluda afectuosamente á sus fieles soldados que le aclaman con entusiasmo y á todo el pueblo que le acompaña con sus bendiciones. A sus lados, dos pasos atrás, marchan dos de sus hijos, el gran duque Nicolás, presunto heredero y el gran duque Alejandro; después los hermanos del emperador, los grandes duques Constantino, Nicolás y Miguel. Los príncipes Romanowski, el príncipe Pedro de Oldenbourg, los príncipes extranjeros y mas de trescientos oficiales generales pertenecientes á todos los cuerpos del ejército ruso y de las Potencias aliadas, forman una escolta á Alejandro II, digna de la corona que va pronto á brillar sobre su frente.

A su paso tocan los tambores, suenan los clarines, y las músicas dejan oír el *Boje Tsara Khrani*, uno de los mas bellos himnos nacionales que existen.

La emperatriz, dulce ángel de bondad que todo el mundo venera en el imperio, recibe una acogida tan entusiasta que no puede ménos de conmovérsele; lleva á su lado su hijo menor el gran duque Vladimiro. Pajes, escuderos, chambelanes y una escolta de cosacos acompañan y rodean su carroza que es de un lujo deslumbrador, de molduras y ornamentos ejecutados al estilo de Luis XIV. Delante de la carroza el príncipe Galitzin, de uniforme de oficial superior de húsares, hace caracolear un caballo árabe, que en su país lo hubieran creído digno de llevar el príncipe de los creyentes. El caruaje de la emperatriz madre no difiere del de la emperatriz actual mas que por la corona imperial, que adorna la cima; la augusta viuda de Nicolás comparte con los soberanos el testimonio de profunda y respetuosa afecion prodigada á los miembros de la familia imperial.

En fin, después de un nuevo desfile de carruajes reservados á las grandes duquesas hermanas ó hijas de Alejandro II, á la Sra. princesa de Oldenbourg y á las señoritas de honor de SS. MM. y de SS. AA. II., varios escuadrones de caballería cierran esta serie de maravillas, cuya enumeración, por mas fiel que sea, no puede dar sino el calor imperfecto, despojado de órden, de lo parecido, de la vida y de la animación que hacia mover aquella multitud inmensa, cuyo lugar de acción tenía lo ménos mas de dos kilómetros de extensión.

A la entrada del barrio llamado *Zemlenoy-Gorod* (la ciudad Verde), en el sitio donde se halla un arco de triunfo elevado por el emperador Alejandro I<sup>o</sup>, el emperador fué recibido por el gobernador general militar de la provincia de Moscou que se habia unido al cortejo y por el ayuntamiento y los magistrados de la ciudad, y luego á la entrada del barrio que se llama *Beloy-Gorod* (la Ciudad Blanca) lo fué por el mariscal y la nobleza del gobierno de Moscou.

Pero en breve se llega al Kremlin; ántes de penetrar en la plaza donde se halla la fachada principal de esa fortaleza, se pasa por una puerta con dos arcos que se llama *Voskresenskié-Vorota* (la puerta de la Resurrección). — Allí se eleva entre las dos bóvedas por la parte exterior una imagen venerada en Rusia, la de Nuestra Señora de Iberia; todo ruso verdadero creyente la visita al llegar á Moscou. En ese sitio el emperador y toda la familia imperial se apearon para saludar á la santa imagen, y al cabo de algunos momentos de oración volvieron á los coches y á los caballos y prosiguieron su camino hasta el Kremlin.

Para penetrar en la fortaleza imperial hay dos puertas que dan á la plaza: á la izquierda del espectador está la puerta del Salvador — *Spaskié-Vorota*. Por esa puerta el cortejo imperial se dirigió al Kremlin. Al pasar bajo sus arcos todo el mundo saluda una imagen venerada de todo verdadero ruso que se encuentra sobre la bóveda; los soberanos después de haber cumplido este precepto siguieron su camino y se detuvieron delante del peristilo del palacio conocido con el nombre de *Krasnoe-Kryltso* (peristilo Rojo); allí se apearon definitivamente para marchar á la catedral de la Asunción donde después de haber besado las santas imágenes y las reliquias van precedidos del metropolitano de Moscou á las catedrales de la Anunciación y del Arcángel Miguel inclinándose en esta última ante los sepulcros de sus antepasados, y acompañados de la corte se dirigen al palacio del Kremlin donde son recibidos por el clero de la corte. El gran-mariscal de la coronación, el presidente y los miembros del palacio de Moscou presentan al emperador el pan y la sal. En este momento una salva de 101 cañonazos anuncia á la ciudad que los soberanos acaban de entrar en el nuevo palacio de los czares.

Antes de pasar á la gran ceremonia de la coronación, quiero decir algunas palabras sobre la proclamación anunciando su día al pueblo de Moscou. Este acto se verificó tres días consecutivos con el mismo aparato aun que en distintos lugares de la ciudad.

Cuando se entra en el Kremlin por la plaza que he citado ya y que se llama *Krasnaia* (plaza Roja), tomando la puerta de la derecha se halla una plaza triangular formada por el Senado, el arsenal y un cuartel á cuyo frente se ve una formidable hilera de cañones, trofeos de los ejércitos rusos, todos ellos de un trabajo precioso; á los dos extremos hay dos piezas de dimensiones colosales. En esa plaza se reunió el cortejo que recorrió la ciudad anunciando al pueblo el día fijado para la ceremonia de la consagración.

A las nueve de la mañana dos escuadrones de caballería guarnecían la plaza, dejando un espacio bastante considerable que en breve se llenó. En efecto, llegaron sucesivamente un ayudante general del emperador con la categoría de comandante en jefe, y dos edecanes; dos

grandes maestros de ceremonias de la coronación, dos heraldos de armas, cuatro maestros de ceremonias de la corte, dos secretarios del Senado, todos á caballo; los funcionarios del órden civil excepto los heraldos, llevaban una banda de seda con los colores del imperio, blanco, amarillo y negro con franjas de oro. Habiéndose llenado el centro del espacio se colocan detrás los cuerpos de trompetas y timbaleros, y á cada lado se ven seis caballos de mano ricamente enjaezados, guiados cada uno por dos palafreneros de gala.

A la órden dada por el general comandante resuenan las trompetas, los heraldos alzan sus mazas, y un secretario del Senado lee en alta voz la proclama siguiente:

« Nuestro muy augusto, muy alto y muy poderoso señor el emperador ALEJANDRO NICOLAIEVITCH, habiendo subido al trono hereditario de sus antepasados, el de todas las Rusias, así como á los del reino de Polonia y del gran ducado de Finlandia que son inseparables, se ha dignado ordenar: que la coronación de S. M. I. y su consagración tendrán lugar el 26 del mes de agosto, haciendo partícipe de esta sagrada ceremonia á su augusta esposa la emperatriz MARIA-ALEJANDROWNA. Por la presente proclama se anuncia este acto solemne á todos los fieles súbditos á fin de que en tan dichoso día, aumenten su fervor en las oraciones al Rey de los reyes para que derrame por su omnipotencia, sus gracias y bendiciones sobre el reinado de S. M. y que mientras dure mantenga en él la paz y la tranquilidad, en gloria de su santo nombre y para la prosperidad inalterable del imperio. »

Después de esta lectura las trompetas ejecutan el himno nacional, y llevan un caballo cerca de los heraldos que toman en un saco ejemplares de la proclama y los arrojan al pueblo que se los disputa con afán.

El cortejo se dirigió con el mayor órden á la plaza *Krasnaia*, cuya descripción haré para que sea inteligible mi dibujo. Cuando se atraviesa la puerta de la Resurrección, se llega como he dicho, á la plaza Roja. Uno de sus lados, el de la derecha, se halla cerrado por el muro del Kremlin y sus dos puertas; á la extremidad volviendo se encuentra la iglesia de *Vassili-Blagennoi* construida en 1534, y adornada con nueve de esas cúpulas abultadas que dan un carácter tan oriental á la antigua arquitectura rusa; pintada de colores variados está cubierta de adornos de estilo persa que recuerdan la famosa capilla del *Zancarron* de la catedral de Córdoba. A la izquierda una larga fila de edificios termina por ese lado la *kitay-gorod* (ciudad chinesca). Cerca de la iglesia está el *Hobnoie-Mesto* que mencionado á menudo en la historia de Rusia fué á la vez un lugar de suplicio y una especie de tribuna para las arengas; en fin, en el centro de la plaza, pero mas cerca del *Gastinnoi Dvor* (el Bazar) está el grupo colosal de bronce del príncipe *Pojarskoi* y del campesino *Minine*, dos héroes que salvaron á la Rusia en una de las muchas invasiones de los tártaros. Delante de este grupo se hizo la segunda proclamación, y luego el cortejo se dividió en dos partes iguales para recorrer la ciudad toda.

Pero entremos ya en la ceremonia de la consagración y la coronación del emperador y de la emperatriz; ahora que tengo la memoria fresca quiero hacer el dibujo y la descripción, con la certidumbre de ser exacto, pues soy el único de todos los corresponsales de los periódicos ilustrados que pudo penetrar en esa maravilla del arte bizantino en esa joya constelada de oro y aun de diamantes que se llama la catedral de la Asunción.

Cuatro palabras sobre el sitio en que tuvo lugar esta imponente ceremonia. El Kremlin ocupa como es sabido, una altura que domina una parte de Moscou que le rodea y cuyo pié está bañado por uno de sus lados, por el Moskowa. Rodeado de muros almenados de una grande elevación, flanqueado de muchas torres, comunica con la ciudad por cinco puertas. Además del palacio imperial y sus dependencias y el palacio pequeño, el patrimonio posee muchos edificios considerables que son: el Senado, la Casa de ordenanza, el palacio de las Armas y el Arsenal; tres plazas públicas, la Imperial, la *Tzarskaya* y la *Senatskaya*, y el magnífico jardín Alejandro. El Kremlin encierra también dos conventos que son el de los Milagros y el de la Ascension, que es una comunidad de religiosas, con mas cuatro iglesias.

Pero lo mas grande en Moscou es el hallar cinco catedrales reunidas en un mismo sitio que son cinco maravillas del arte oriental. Estas catedrales tocan al gran palacio imperial; en el centro está la de la Asunción, *Uspenskoj*; — al Sur la del Arcángel Miguel, *Arkhangelskoi*, donde están los sepulcros de los czares; — al Norte *Spass-Naboru*, de la Transfiguración; — al Este *Ivan Velikoi*, la de San Nicolás, y al Oeste *Blagoves chenskoj*, de la Anunciación. Una escalera monumental baja desde el primer piso del palacio hasta el atrio comun de las cinco catedrales. Un estrado cubierto de alfombras de paño escarlata, señala el paso que debe seguir el cortejo imperial para ir á la Asunción, y después de la ceremonia de la consagración para visitar las otras metrópolis; y mostrarse al pueblo en la plaza grande del Kremlin; las tribunas elegantemente adornadas se hallan desde muy temprano cubiertas de señoras. El atrio se halla cuajado de espectadores, y un destacamento de todos los regimientos de la guardia imperial con las banderas dibuja los contornos del estrado. El sol brilla radiante en el cielo.

El cañon anuncia el principio de la ceremonia; un peloton de caballeros guardias con la coraza cubierta de paño escarlata y de guardias de caballería con la coraza dorada forma en la escalera y sobre el estrado que debe recorrer el emperador; se ve bajar por la escalera un



brillante cortejo escoltando á la emperatriz madre Alejandra Feodorovna que llegada al peristilo se coloca bajo el palio de paño de oro llevado por ocho funcionarios de la cuarta categoría, y cuyos cordones sostienen otros tantos funcionarios de la tercera. El gran duque heredero acompaña á su augusta abuela; detrás del palio vienen las grandes duquesas y los príncipes extranjeros; luego las damas y doncellas de honor de las emperatrices, las dignatarias de la corte, las doncellas de honor de las grandes duquesas, todas revestidas con el antiguo traje ruso, tan rico como elegante. La emperatriz lleva la corona de diamantes y el manto imperial de brocado de oro forrado de armiño, sostenido en los hombros por dos doncellas seguidas de la corte, á los lados por cuatro sumilleres, y la cola llevada por uno de los altos dignatarios de la corona. Ante el palio marchan dos maestros de ceremonias, y los gentileshombres de cámara, los sumilleres y otros funcionarios inferiores de la corte completan este primer cortejo. A la puerta de la catedral la emperatriz es recibida por el clero revestido de magníficas insignias sacerdotales, que le presenta la cruz y el agua bendita.

Poco despues aparece en lo alto de la escalera el cortejo que acompaña al emperador y á la emperatriz en el orden siguiente:

Un peloton de caballeros guardias, veinticuatro pajes, y otros tantos pajes de cámara, diez maestros de ceremonias, los ancianos de los campesinos de los bienes del Estado, tres funcionarios delegados por los colonos extranjeros, los ancianos de los campesinos del patrimonio, y luego los ancianos de los gremios de todas las ciudades del imperio, del reino de Polonia y del gran ducado de Finlandia, los mercaderes extranjeros, los funcionarios del ayuntamiento, los magistrados de los vecinos y del tribunal de comercio de Moscou, la seccion del consejo de las manufacturas, los empleados de la aduana y el banco de comercio, la comision médica, la direccion de minas, los tribunales civiles y criminales, el procurador cerca de la regencia del gobierno y los abogados de la corona, la cámara del patrimonio, la de hacienda, la regencia del gobierno y la cancillería del gobernador general, las comisiones de la intendencia de víveres, y de la comisaria del ministro de la Guerra, los empleados de los archivos del ministerio de la Justicia y de Estado, la comision establecida para la construccion de la iglesia de San Salvador, la Universidad, el cuarto distrito de la administracion de caminos, la direccion de correos, el consejo de tutela, la cancelleria del Senado, la comision de teatros, los empleados de la Armería, de los palacios de Moscou, de las caballerizas imperiales de Moscou y de la cancelleria del ministerio de la casa imperial.

Vienen despues: Los diputados de todas las tropas de cosacos, los mariscales de la nobleza de Rusia, de Polonia y de Finlandia, los primeros procuradores del Senado y los senadores, el primer procurador del santo sinodo, los secretarios de Estado, los ministros, los directores en jefe, y los miembros del Consejo del imperio, dos grandes maestros de ceremonias de la coronacion, el archimaestro de las ceremonias, dos heraldos de arma con sus insignias, y por último las insignias imperiales llevadas sobre almohadones de oro. Estas insignias son: el collar de diamantes de la orden de San Andrés para la emperatriz; el estandarte del imperio, el sello del imperio y la espada del imperio; el manto de la emperatriz de paño de oro forrado de armiño, y el manto del emperador que es igual; el globo imperial; el cetro cuyo floron remata en un brillante de un tamaño colosal; la corona pequeña toda de brillantes para la emperatriz y en fin la corona grande imperial toda de brillantes y de un valor inapreciable. Cada una de esas insignias llevada por un funcionario de segunda clase va acompañada por dos granaderos del palacio y detrás marcha un peloton de la guardia. Vienen por último, un peloton de caballeros guardias, un mariscal de la corte, el gran mariscal y el archimariscal todos con las insignias de sus grados.

Un hurra formidable lanzado por cien mil voces anuncia la presencia del emperador que aparece sobre lo alto de la escalera y baja las gradas lentamente seguido de la emperatriz. El emperador viste el gran uniforme de general, levita verde bordada en el cuello y en las mangas y pantalon escarlata con bandas de oro. Sobre su pecho cae el cordon azul de San Andrés y el collar pequeño de la misma orden; marcha con la cabeza descubierta y lleva en la mano el casco con penacho de los tres colores de la Rusia. Su andar es noble é imponente y su mirada benévola.

La emperatriz lo sigue; lleva un vestido de brocado de plata, un velo flotante la cubre casi enteramente. Tambien ostenta la banda de la orden de San Andrés, y todo el mundo admira la dignidad y elegancia que respira su noble persona. Cerca del emperador van los asistentes y le siguen el ministro de la casa imperial, el ministro de la Guerra, el ayudante de campo general, el general mayor de la servidumbre, el edecan de servicio, y el comandante de los caballeros guardias de la emperatriz con la espada en la mano y el casco en la cabeza. Cerca de la emperatriz van dos asistentes.

Al pié de la escalera los dos soberanos, el emperador á la cabeza, se colocan bajo el palio de paño de oro con los palos de plata dorada, que llevan diez y seis ayudantes generales; las cintas van en manos de otros tantos ayudantes; luego vienen cuatro damas de honor y cuatro doncellas de honor de la emperatriz; un peloton de caballeros guardias, el cuerpo de la alta nobleza representado por un miembro de cada familia, los manufactureros y los fabricantes y el primer gremio

de Moscou, y cicra este brillante cortejo un peloton de caballeros guardias.

Solo una parte de esta larga procesion puede tener cabida en la iglesia.

Cuando los soberanos se acercan á la puerta de la catedral sale el clero á recibirlos; el metropolitano de Moscou, el señor Filarete, pronuncia un discurso adecuado á la circunstancia y presenta á SS. MM. la santa cruz para que la besen; enseguida el metropolitano de Novgorod les echa el agua bendita.

Pero ántes de introducir á esta noble asamblea en la iglesia de la Asuncion, debo hacer su descripcion. Forma un paralelógramo largo y se halla dividida en dos partes desiguales. El altar mira al levante y se halla enteramente separado de lo restante de la iglesia por un vasto retablo que comunica con la nave por tres puertas. Cuatro columnas sostienen la cúpula que se encuentra en el centro del templo. Las paredes, las bóvedas, las cúpulas, el retablo y las columnas están cubiertas enteramente de capas de oro sobre las cuales se ven las pinturas bizantinas de ese carácter tan original de la pintura primitiva. Cerca de la puerta del altar mayor á la izquierda se halla una santa imagen de la Virgen adornada de piedras preciosas, en un pequeño monumento cerrado con dos puertas de oro. En el basamento de este retablo se ven imágenes de Jesucristo y de los santos protectores de la Rusia de tamaño mayor del natural, de oro y en bajo-relieve; solo las cabezas y las manos están pintadas. Cerca de las dos columnas que miran al altar mayor hay dos púlpitos antiquísimos, y no lejos de la puerta del Sur está el púlpito de San Vladimiro, uno de esos monumentos bizantinos de madera esculpida que tanto admiran los arqueólogos. En cada ángulo de la iglesia en el fondo, se ven dos relicarios de la misma fecha que la iglesia que parecen dos capillitas; el de la izquierda es todo de plata. El templo se halla alumbrado por cinco arañas de un trabajo maravilloso; la de en medio es de plata maciza.

En el centro de la iglesia en el perímetro contenido entre las cuatro columnas se eleva un estrado rodeado con una balaustrada dorada; las dos columnas de detrás están revestidas hasta la tercera parte de su altura de terciopelo encarnado con la cifra del emperador; entre ellas cuelga de la bóveda un dosel de terciopelo sostenido por una redcilla de cordones de oro, y bajo el cual colocaron dos tronos antiguos de marfil con incrustaciones de oro y de plata, dos curiosidades notables entre todas por la materia, el trabajo y la antigüedad. El trono destinado al emperador es el del czar Ivan III, y el de la emperatriz perteneció al czar Miguel Feodorovitch. A la derecha del sitio ocupado por los soberanos, apoyado contra una de las columnas, se encuentra un dosel para la emperatriz madre, para quien dispusieron el trono de otro czar. En los tres lados de la iglesia se elevan tribunas; la de la izquierda para el cuerpo diplomático que fué introducido en la iglesia ántes que llegara la emperatriz madre; la del fondo para la alta nobleza y los senadores del imperio, y la otra para las damas de la corte. El pavimento de la iglesia y las tribunas están cubiertos de tapices ó paño escarlata. Toda esa decoracion rica y de buen gusto se debe á los talentos de M. Tchitchagoff, arquitecto en jefe del Kremlin.

El estrado y las gradas están ocupadas por los dignatarios que trajeron las insignias necesarias para la ceremonia; sobre la izquierda delante del trono de la emperatriz madre se hallan en una tribuna los grandes duques y las grandes duquesas, así como los príncipes de la familia imperial y extranjeros. Los soberanos despues de haber besado las santas imágenes y de haberse inclinado tres veces ante la puerta del santuario, suben á los tronos que les están destinados y principia la ceremonia de la coronacion.

El metropolitano de Moscou sube á la plataforma y colocándose delante del emperador le dice que lea en alto para que le oigan todos sus súbditos la profesion de fé ortodoxa. Le presenta el libro abierto y el emperador lee en alta voz el símbolo de la fé, despues de lo cual dice el metropolitano: *Gratia Spiritus sancti sit semper tecum* (1). Luego el metropolitano bajando de la plataforma vuelve hácia el altar á recitar los evangelios y sube de nuevo acompañado de los metropolitanos de Kieff y de Novgorod, cerca del trono del emperador, quien despues de haberse quitado el collar de la orden de San Andrés, ordena que le traigan el manto imperial y el collar de brillantes de la misma orden; este manto es de paño de oro forrado de armiño. Los metropolitanos le ayudan á ponerse y el de Moscou dice entonces: *In nomine Patris et Filii et Spiritus sancti, amen*. El emperador, revestido con el manto imperial se inclina y despues de haberle bendecido haciendo la señal de la cruz, el metropolitano de Moscou le pone ambas manos sobre la cabeza en forma de cruz, leyendo las oraciones que manda el ritual. Concluidas estas oraciones el emperador mandó que le trajeran la gran corona imperial, y entregada esta al metropolitano por el funcionario que la habia tenido, es presentada por el prelado al emperador que la coloca sobre su cabeza y recibe luego del mismo modo el cetro y el globo. Despues de sentarse un instante en el trono, deposita estas dos últimas insignias y levantándose llama á la emperatriz que viene á ponerse de rodillas delante de él sobre un almohadon de terciopelo. El monarca quitándose entonces la corona toca con ella ligeramente la cabeza de la emperatriz y vuelve á ponérsela.

Enseguida presentan la corona pequeña al empera-

dor que la coloca sobre la cabeza de la emperatriz, donde la prenden cuatro camaristas; luego traen el manto imperial destinado á la emperatriz y parecido al del emperador, así como un collar de la orden de San Andrés de brillantes, y las mismas camaristas revisten con estos adornos á la emperatriz que levantándose se fué á sentar en su trono, mientras el emperador empuñaba de nuevo el cetro y el globo. El arcediano proclama en alta voz el título imperial y entona los versículos: *Domine salvum fac Imperatorem* y los sochantres repiten tres veces: *ad multos annos*.

En este momento se oyen las campanas de todas las iglesias de Moscou y las baterías establecidas sobre los muros del Kremlin hacen una salva de 101 cañonazos.

Durante ese tiempo tuvo lugar una escena patética: el clero y los miembros de la familia imperial presentan sus felicitaciones al emperador subiendo sobre la plataforma del trono, y todos los asistentes se inclinan tres veces.

Cuando cesó el ruido de las campanas y del cañon, el emperador se levanta de su trono, entrega á los funcionarios el cetro y el globo, y se arrodilla para rezar la oracion propia de esa circunstancia en un libro que le presenta el metropolitano de Moscou. En cuanto el emperador concluyó su plegaria, el metropolitano se arrodilló con toda la asistencia dirigiendo oraciones al Señor en nombre de todo el pueblo; solo el emperador permaneció en pié.

Despues de un corto discurso del prelado al emperador, se entona el *Te Deum* y principia la misa; entonces el emperador se quita la corona que no se vuelve á poner hasta que se concluye el oficio divino.

Terminada la lectura de los evangelios presentan el santo libro á los soberanos para besarle, y en el momento en que se canta el cánon de la misa, el gobernador civil de Moscou ayudado por dos asistentes tiende para que pase el emperador desde el trono al altar una alfombra de terciopelo y cerca de las puertas del santuario por arriba, un tapiz de brocado de oro cuya punta extiende hasta el altar los arcedianos.

Despues del cánon de la misa, cuando el clero que oficia ha comulgado y se han abierto las puertas del santuario (1) dos arzobispos, asistidos por arcedianos, se adelantan del altar hácia el emperador para anunciarle que el momento de la consagracion ha llegado. Al punto el emperador entrega su espada á uno de los asistentes y bajando del trono, va con el manto imperial hasta la puerta del santuario, seguido de la emperatriz. Los soberanos iban precedidos por el gran maestro de ceremonias, dos maestros de ceremonias, el gran mariscal de la corte, un mariscal de la corte y tres dignatarios marchando de frente y llevando el del centro la corona, el de la derecha el cetro y el de la izquierda el globo imperial. Cerca del emperador marchaban sus asistentes, y los oficiales de los caballeros-guardias mas antiguos en grado que habian permanecido sobre el estrado del trono. Detrás del emperador iban el comandante del regimiento de los caballeros-guardias con la espada desnuda en la mano, el ministro de la casa imperial, el ministro de la Guerra y el ayudante general de servicio. La emperatriz marchaba seguida de sus asistentes, de los dignatarios de primera y segunda clase de la corte y de los sumilleres designados para llevar los mantos de sus majestades.

El emperador habiendo llegado á la puerta del santuario se colocó sobre la alfombra de brocado de oro; la emperatriz se detuvo entre el trono y el altar. Los asistentes del emperador pasando á la derecha se detuvieron cerca de la imagen del Salvador; detrás de ellos se colocaron en la misma línea el ministro de la casa del emperador, el de la Guerra, el ayudante general y el comandante de los caballeros-guardias. Delante de ellos se pusieron los funcionarios encargados de las insignias; las demás personas que acompañaban á los soberanos, formaron un semicírculo desde los dos altares laterales hasta el sitio en donde se hallaba la emperatriz.

En ese momento el metropolitano de Moscou moja un ramo de oro en la copa que encierra los santos óleos para ungir la frente, los párpados, las ventanillas de la nariz, los labios, los oídos, el pecho y las manos del emperador, lo que efectúa diciendo: *Impresio doni Spiritus sancti*; las señales de la uncion fueron borradas por el metropolitano de Novgorod y de San Petersburgo.

Durante la ceremonia de la consagracion se oyeron de nuevo las campanas y otra salva de 101 cañonazos; el emperador se colocó á la derecha de la puerta del santuario ante la imagen del Salvador, y la emperatriz se acercó á esa puerta andando sobre la alfombra de brocado. El metropolitano de Moscou la administró tambien la uncion, pero solo en la frente diciendo: *Domini*, y el metropolitano de Moscou la enjugó igualmente.

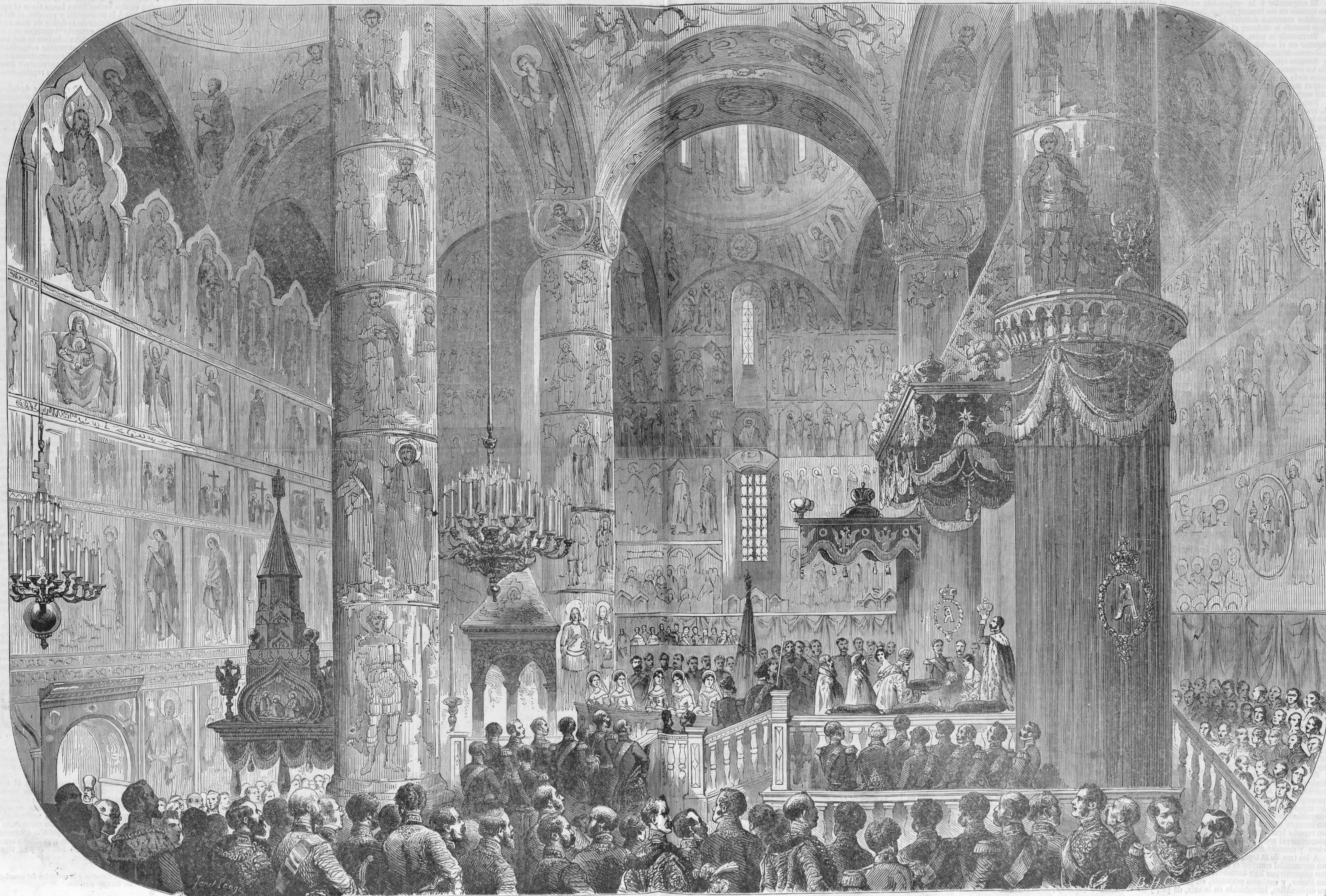
Despues de esta ceremonia la emperatriz se colocó á la izquierda enfrente de la imagen de la Virgen tan adornada de brillantes de que he hablado ya, y sus asistentes se colocaron á sus lados.

El metropolitano de Moscou llevó entonces al emperador al altar por la puerta del santuario; los prelados que oficiaban sostenían el manto imperial; el emperador se detiene sobre la alfombra de brocado de oro de lante de la santa mesa y recibe el santo sacramento de la comunión lo mismo que el clero, esto es, bajo las dos especies segun el orden establecido para la prerogativa imperial. Despues de la comunión uno de los arzobispos presenta al monarca el pan bendito y el vino, y otro el agua para las abluciones.

(1) Los oficios se celebran en eslavo en la iglesia griega, y es la traduccion de las palabras pronunciadas por el metropolitano.

(1) En el rito griego la elevacion y la comunión del sacerdote se hacen con las puertas del altar cerradas.





CEREMONIA DE LA CORONACION EN LA IGLESIA DE LA ASUNCION EN EL KREMLIN DE MOSCOU.



El emperador y la emperatriz vuelven al estrado y se sientan en los tronos; los que llevan las insignias imperiales marchan delante de ellos en el mismo orden que cuando se dirigían al santuario.

Terminada la misa, todos los funcionarios que deben figurar en el cortejo salen por la puerta del Norte para colocarse delante de la catedral en los puestos señalados, y durante este tiempo el arcediano confesor lee delante de los soberanos las oraciones en acción de gracias después de la comunión. Al fin de la misa el arcediano recita el *Domine salvum* y los sochantres repiten tres veces: *Ad multos annos*.

Para concluir la ceremonia presentan á los soberanos la cruz para que la besen, y el emperador coloca de nuevo la corona sobre su cabeza y toma el cetro y el globo en la mano; el clero y los asistentes presentan tres veces sus felicitaciones á SS. MM. con motivo del feliz cumplimiento de la coronación y la consagración.

La emperatriz madre Alejandra Feodorovna sale en aquel momento de la catedral con todos los miembros de la familia imperial por la puerta del Sur y vuelve al palacio en el mismo orden de marcha que se observó á su llegada; todas las señoras que asistieron á la ceremonia se retiran al mismo tiempo que ella.

No he querido interrumpir la relación de las ceremonias para hablar del aspecto que presentaba la iglesia, pero es imposible representarse nada más imponente ni más rico. ¡Qué de bordados de oro! ¡qué de diamantes! Los hermosos uniformes del ejército y de los personajes de la corte, los prendidos de las damas vestidas con el antiguo traje ruso, las damas de honor del Cakochnik, las señoritas de honor Poviaska, resplandecientes de pederías, los trajes variados de los embajadores y de los ministros extranjeros, formaba un conjunto que es difícil figurarse y más aun describir. La fama de los sochantres y de los músicos de la capilla imperial es europea y efectivamente es imposible reunir una colección de voces más hermosa ni cantar con más armonía esos cánticos majestuosos; en fin el esplendor de los hábitos sacerdotales podrá igualarse quizás, pero nunca será superior en tanto no se halle un metal más precioso que el oro y pederías más resplandecientes que los brillantes.

Los soberanos salen de la iglesia por la puerta del Norte acompañados del cortejo que los llevó á la catedral de la Asunción. De nuevo se colocan bajo el palio; el emperador con la corona en la cabeza, el cetro y el globo imperial en la mano y revestido con el manto imperial; la emperatriz también coronada y con su manto de paño de oro y de armiño, sostenido como el de Alejandro por los dignatarios de la corte, se dirigen hacia la catedral del Arcángel Miguel, donde besan las santas imágenes y se inclinan ante los sepulcros de sus antepasados; luego van á la catedral de la Anunciación, donde el clero sigue el mismo ceremonial que en la del Arcángel Miguel, y por último, de esta iglesia pasan al peristilo llamado *Krasnoie-Kryltso* (el peristilo Rojo) junto al cual se detienen todas las personas que forman parte del cortejo excepto los dignatarios de la corona que acompañan á los soberanos hasta los aposentos interiores donde descansan un momento mientras llegan á decirles que todo está pronto para el banquete imperial.

Durante esa larga marcha no han cesado de tocar las campanas; la artillería ha hecho un nuevo saludo de 101 cañonazos y la muchedumbre aclama con entusiasmo á sus soberanos recién coronados.

Este banquete, que tuvo lugar en la antigua sala llamada la *Granovitaya Palata*, donde se pintaban en otro tiempo las hijas de los boyardos, que pretendían el honor de participar del trono de su soberano, ha sido, bajo el punto de vista de nuestras ideas occidentales, una de las cosas más extrañas que se pueden ver. Era una inmensa bóveda sostenida en el centro por un solo pilar adornado de figuras de animales, esculpidas en relieve y que se había decorado de fuentes de oro y plata sacadas del tesoro de los czares, obra maestra del arte.

Del lado de la puerta de entrada, á la derecha, se encuentra una especie de claravoya por la cual venía en otro tiempo el czar á ver cual sería entre sus súbditos la que elevaría hasta él, y donde están colocadas para ver el festín las grandes-duquesas y los pequeños grandes-duques. Una rica colgadura de terciopelo carmesí sembrado de águilas imperiales cubre los muros de la sala, cuyo pavimento está, como todo, tendido de paño escarlata; en los ángulos, cerca de la entrada, aparadores cargados con vajilla de plata, y en el estrado, en el cual se encuentra la orquesta y los artistas del teatro italiano, que están vestidos en traje de ceremonia, á quienes no es posible mirar sin reírse.

En el fondo, en el ángulo derecho, elevado en un estrado de tres gradas, los tronos imperiales, traídos de la catedral de la Asunción, están colocados detrás de una mesa que no tiene más que tres cubiertos; á los dos lados del trono del emperador se admiran dos gigantescos y magníficos jarrones de plata cincelada y tan altos como un hombre de estatura ordinaria. En frente del trono, un espacio igual á un cuarto de sala, está el cuerpo diplomático; el resto está lleno de mesas destinadas al alto clero y grandes dignatarios.

A las tres de la tarde se presentaron SS. MM. II. con un ceremonial como en el exterior. El emperador y las dos emperatrices han tomado sus lugares preparados en los tronos, y entonces principió, en presencia del cuerpo diplomático, introducido en la sala, de pie, y no to-

mando parte en el festín, una de esas ceremonias que recuerdan las de cuatro siglos ántes. Todo lo que la corte encierra de funcionarios elevados en rango, colocados detrás de SS. MM. II., se puso á cumplir las funciones de trinchadores con menos destreza que afán. Si el ceremonial estaba satisfecho, la asistencia no; era evidente que el servicio de las armas era más familiar á estos ilustres personajes que el de la mesa. Las fuentes llegaban, traídas por oficiales superiores precedidos del archimarisal y acompañados de una escolta de caballeros-guardias, espada en mano; es probable, que la etiqueta aparte, el emperador no haya tenido una comida tan incoherente.

Después que el metropolitano de Moscov echó la bendición, los augustos convidados tomaron asiento.

Los invitados exclusivamente del alto clero, y los personajes pertenecientes á los dos primeros *tchines* del imperio, no se sentaron hasta que, concluido el primer servicio, el emperador pidió de beber. Entonces, los embajadores y todo el cuerpo diplomático, que hasta entonces había contemplado silenciosamente esta curiosa escena, fué invitado por los maestros de ceremonia á retirarse sin volverse del lado de la puerta, locución ingeniosa, hallada por los redactores del programa oficial para evitar la expresión de espaldas. Desde este momento, el banquete fué íntimo y nacional; los cantantes italianos, solos extranjeros que quedaban en la sala, hicieron oír su más bello trozo del repertorio, el famoso cuarteto del segundo acto de los *Huguenots*.

Durante el banquete se echaron los brindis siguientes:

« A la salud de S. M. el emperador »

A este brindis la artillería hace un saludo de 61 cañonazos.

« A la salud de S. M. la emperatriz Alejandra Feodorovna. »

Un saludo de 51 cañonazos.

« A la salud de S. M. la emperatriz María Alejandrovna. »

Un saludo de 31 cañonazos.

« A la salud de toda la casa imperial. »

Saludo de 31 cañonazos.

« A la salud del clero y de todos los súbditos fieles. »

Saludo de 21 cañonazos.

Así concluyeron estas ceremonias que hacia tanto tiempo tenían en suspenso á la Rusia; un sol magnífico vino á realizar tantos esplendores, el orden más perfecto reinó en la inmensa ciudad en medio de poblaciones que habían acudido de todos los puntos del imperio; por la noche todo Moscov estaba iluminado á giorno. Son dignas de particular mención las iluminaciones siguientes: — la casa Scheremetieff, la plaza del gran teatro y el gran teatro, la asamblea de la nobleza, el palacio Korsakoff, el de la princesa Joussaupost, la embajada de Francia, los palacios del conde Lazareff, del jefe de la policía, del gran duque Constantino, las casas Pachkoff, Kosatkin, Torledsky, etc., etc. La iglesia Vadele Blagennoi mostraba en vasos de colores diferentes matices que la cubren, el Kremlin estaba inundado de luz y en la orilla opuesta del Moskowa ví también muchas casas con brillantes luces.

En la noche tres oficiales salieron á caballo por una de las puertas del Kremlin y se mezclaron con la multitud; yo que estaba entonces admirando la iluminación del palacio del gran duque Constantino, entregado á mis recuerdos de por la mañana, creí reconocer en uno de ellos á un augusto personaje, así como á los ginetes que le acompañaban; no me engañé; á pocos pasos más allá los vivos me anunciaron que la muchedumbre había reconocido á los grandes duques Constantino y Nicolás que acompañaban al emperador Alejandro II.

P. B.

### Revista de Paris.

Las carreras de caballos de Chantilly favorecidas por un tiempo magnífico, llevaron á las praderas del antiguo parque de los Condé, rival de los jardines de Versalles, una concurrencia lucida y numerosa. Sobre todo el domingo Paris se quedó despoblado de toda su elegancia, pues estas fiestas hípias son muy del gusto de la gente de alta esfera sin contar que por otra parte proporcionan una buena ocasión de dar un paseo á caballo y en coche fuera de las alamedas de los Campos-Eliseos y el bosque de Boulogne: es una romería profana del mundo aristocrático.

El incidente más notable de las carreras fué la derrota de « Monarque », un alazan brioso que hasta aquí había vencido constantemente á todos sus adversarios. Apuestas considerables se cruzaron en su favor hasta el último momento, pero su competidor « Ronzi » se llevó la palma. Cada cual quería explicar luego este acontecimiento inusitado; los unos decían que el caballo había envejecido, otros que su peso era superior al de su rival, pero en fin su dueño M. Aumont dió las explicaciones siguientes:

— El ferro carril que ahora construyen, dijo, tiene su estación detrás de las cuerdas de mi casa; enfrente hay unos cobertizos llenos de caballos atados y sueltos que relinchan, combaten y meten ruido sin tregua ni descanso: « Monarque » que es el más nervioso de mis caballos de carrera, no ha dormido en toda la noche, la excitación le ha dado una fiebre y esta fiebre ha minado sus fuerzas; á esto atribuyo la derrota de « Monarque. »

Este M. Aumont es famoso en Francia por sus caballos. Desde que la importación inglesa de las carreras tomó in-

cremento en el suelo francés, sus alazanes ganaron siempre los primeros premios por donde quiera se presentaran á disputarlos. Pues bien; esté campeón invencible se retira cargado de lauros y en el momento en que había superado todas las dificultades y veía en lontananza un porvenir de gloria y de fortuna. El motivo es que M. Aumont ha sido expropiado por el camino de hierro; ya le han arrebatado la mitad de su parque, y el camino discreto que conducía á su hipódromo particular se encuentra convertido en una vía pública. Al ruido de las obras actuales de construcción sucederán los silbidos penetrantes de las locomotoras; los trenes cruzarán su parque. En una palabra, M. Aumont no cree que tanto ruido y movimiento estén en armonía con las reglas del arte y de la ciencia que profesa, y deja un establecimiento modelo donde ha ganado más de 900,000 francos en seis años.

Por supuesto habrá pleito; M. Aumont reclama á la compañía una indemnización de 500,000 francos y la compañía ofrece 300,000; no están en camino de arreglarse. Entretanto los 50 caballos de carrera de M. Aumont, « Monarque, Fenelon, Peu d'Espoir, » etc., de nombres tan célebres, se venderán en Paris el sábado próximo.

Muchos aficionados echaron de menos en Chantilly la divertida « course au clocher, » ó dígase carrera que tiene por término un campanario en cuya dirección deben correr los caballos hasta una distancia determinada, sin eludir las hondonadas y barrancos que se encuentran. Esta lucha muy en uso en Inglaterra proporciona un buen rato de recreo á los espectadores, si bien ocasiona igualmente algunas disputas entre los vencidos: los últimos que llegan suponen siempre que los primeros no hallaron ningún tropiezo independiente de los naturales en su carrera, y así sucede que los « gentlemen riders » no suelen contentarse con amenazas ó rechazar al hombre oficioso y cortés que se acerca á ellos al verles rodar por el suelo. Se nos viene á la memoria esta anécdota de las últimas carreras que ha habido en Inglaterra.

Una elegante carretela con un tiro de dos caballos soberbios marchaba por un hermoso valle cubierto de carruajes y de gente; de repente pasa un jinete, rápido como el relámpago y cae con su alazan á la orilla de una zanja; el carruaje que se encontraba á dos pasos de allí, se detiene, se apea de él un caballero que se acerca al jinete desmontado, y tomándole de un brazo para ayudarlo á que se levante, le pregunta con afabilidad si no está herido, y si le convendría subir á su coche que le llevaría en busca de un médico.

— Mil gracias, responde el gentleman, mil gracias por tanta complacencia, caballero; no necesito otra cosa sino saber su nombre de Vd. y las señas de su casa.

— Me parece Vd. un hombre de educación y recibiré con gusto su visita. Sin embargo, suplico á Vd. que no se considere mi deudor en manera alguna; lo que acabo de hacer no constituye sino un servicio bien ligero.

— ¡Ligero llama Vd. el favor! qué modestia!... Me prometió probar á Vd. lo que vale semejante servicio.

— A fé mia, caballero, me confunde Vd... En fin, me llamo sir William H... y vivo en Regent's street n.º 85.

— Pues dentro de poco, caballero, tendrá Vd. noticias del capitán Enrique B...

Efectivamente, á la otra mañana sir William H... recibía una escuela de emplazamiento ante la justicia á petición del capitán Enrique B... La causa siguió su curso regular. Sir William confesó que había prestado socorro al capitán sin que este lo pidiera.

— Pero en fin, le preguntó, ¿qué daño he podido hacer á Vd.?

— ¡Qué daño! Me ha impedido Vd. que gane el premio del « steeple chase, » pues para eso corría cuando Vd. me levantó del suelo.

Los testigos declararon que el capitán y su caballo no habrían levantado fácilmente sin ayuda de nadie, y que en este caso el capitán que llevaba diez minutos de adelanto á sus competidores, habría ganado el premio infaliblemente. Entonces el tribunal, con la sabiduría de Salomón, falló que los daños y perjuicios debían pagarse por el que los había causado, y en consecuencia sir William H... fué condenado á entregar al capitán Enrique B... el valor del premio del « steeple chase » y de sus apuestas particulares, todo lo cual se acercó á la suma de quince mil pesos fuertes.

A esto suele exponerse el hombre servicial... en Inglaterra.

Con el título de « Memorias de nuestro Tiempo » se anuncia en Paris una gran publicación periódica; según parece saldrá un volumen cada trimestre principando en enero próximo. Esta obra será un cuadro animado de la sociedad francesa, de las letras, las artes y el teatro, en una palabra, de la vida ardiente de nuestros días con sus peripecias, sus cambios, sus altas y sus bajas. Asegúrase que el librero que emprende esta curiosa publicación ha concluido un doble contrato comprendiendo los años transcurridos desde la revolución de Febrero y un período futuro que alcanza hasta 1868, lo que formará un conjunto de veinte años. Cada tomo ha sido ajustado en 1,000 pesos.

El autor de esta obra que excita ya la mayor curiosidad en el mundo literario y artístico, es un escultor de agudo ingenio, M. J. Lecomte, el encargado del « Correo de Paris » en el folletín de la « Independencia belga » durante diez años. Ya hace algunos meses cuando se formó la nueva sociedad que compró ese periódico, M. J. Lecomte quiso abandonar sus tareas de folletinista semanal para consagrarse á otros trabajos, y si no lo hizo fué porque los compradores exigieron expresamente que siguiese. Al cabo consiguió su intento, pero ha sido por una circunstancia que ha puesto demasiado en relieve su persona: un proceso en difamación entablado á su demanda contra varios periódicos de teatro.



que le infamaron de un modo cruel y en términos que no son para reproducidos, todo ello á propósito de una crítica dirigida por M. Lecomte contra la Ristori, le suministró un motivo para reiterar sus instancias, y al cabo de dos meses de luchas y de ausencia de artículos, los dueños del periódico se decidieron á darle un sucesor, que es M. Villemot del periódico el « Figaro. » A esto debemos, pues, la publicación de la grande obra que se anuncia.

Rossini ha vuelto á París esta semana muy mejorado en su salud; pasará aquí el invierno. Una sociedad musical conocida con el nombre de « Concierto Musard » quiso festejar su llegada y le obsequió con una serenata bajo sus balcones. Nos complacemos en señalar esta pequeña ovacion que es cosa notable en París, donde el entusiasmo por el genio hace años pasó de moda.

Al mismo tiempo que el ilustre maestro llegaba á la capital, salía de ella Rachel con direccion á Marsella, donde ha debido embarcarse para Alejandría. Esta vez parece que definitivamente deja el teatro. Antes de marchar ha dispuesto la venta de su casa con sus muebles y la de todas las demás propiedades que posee. La víspera de su viaje reunió á todos los miembros de su familia, á todos los criados, y les dejó algunos recuerdos preciosos; la despedida fué muy triste, pues Rachel se halla enferma de gravedad, y por consejo de los médicos que se las prometen ya poco felices, emprende ese viaje á Alejandría, donde pasará el invierno á bordo de un buque en el Nilo sin salir á tierra. Afortunadamente los facultativos se equivocan tantas veces en sus negros pronósticos, que quizá el año entrante tendremos la satisfacción de anunciar que la célebre actriz ha regresado á París aliviada de sus dolencias como hoy ha venido Rossini.

Quizá no han olvidado nuestros lectores la historieta de un litigio que dejamos pendiente entre el señor Calzado, director del Teatro Italiano de París y el señor D. Juan del Peral su administrador en la última temporada, litigio que versaba sobre pago de intereses y que vino á zanjarse mediante una transacción aceptada por el último de estos señores. Cortada de este modo la diferencia parecía que el asunto había llegado á su término, pero no es así; algún tiempo despues el señor Calzado mandó una carta al « Journal de Madrid » dirigida contra el señor del Peral suponiéndole autor de cuantos artículos se publican en Francia y fuera de Francia desfavorables á la empresa, sincerándose de la reputación de pléitista que por lo visto se va confirmando mas y mas, y volviendo á la cuestión transigida para presentar á su modo los hechos que mediaron. El señor del Peral no podía callar á tan duro ataque, y sin tardanza envió al diario francés de Madrid una contestación que ha visto además la luz en otros periódicos. Sentimos no poder disponer del espacio suficiente para dar íntegro este comunicado escrito con la dignidad del que desmiente con pruebas irrecusables acusaciones infundadas; pero los párrafos que vamos á copiar bastan para esclarecer los dos puntos principales de que se trata en él. Hé aquí estos párrafos:

« Respecto á ser corto el número de los catorce pleitos que ha tenido en siete meses el señor Calzado, y que se hallan detallados en « La Revue Franco-Italienne, » solo diré que todo es relativo. Catorce son pocos en comparación de ciento, y ciento... y mas, hubiera tenido de seguro, á no haber yo conseguido evitarle muchos. ¿También negará esto el señor Calzado? Afortunadamente tengo aquí á la mano una carta de Mme. Frezzolini, de la que voy á copiar algunas líneas.

« Me disgusta sobremanera el saber que está Vd. en pleito con el señor Calzado, « Vd. que tanto ha hecho para evitárselos á los otros. » (Tdon.)

« Tampoco pude evitar el que le promovió Mlle. Fiorentini sobre pago de su sueldo, y que se transigió despues contratando á esta artista para la temporada próxima.

« Por lo que á mí toca diré pura y simplemente al señor Calzado que es COMPLETAMENTE INEXACTO cuanto refiere de mi entrada en la administración general del Teatro Italiano, tanto en el fondo de la cuestión como en sus detalles. El estimó mi cooperación útil á su empresa; él, « espontáneamente, » me ofreció el sueldo de diez mil francos, pero no por « doce » meses, como dice, sino por « siete. »

« Hé aquí las pruebas:

« El primero de mis tres recibos dice: « He recibido de don Toribio Calzado, director de este teatro, la cantidad de dos mil francos, á cuenta de los diez mil que me tiene asignados por SIETE MESES, como administrador general de su teatro, cuyo sueldo empezó á correr el 7 de octubre próximo pasado. Y para resguardo, etc. »

« En los autos del pleito obra una certificación á favor mio del comisario imperial de teatros acreditando esto mismo.

« Esta prueba documental no satisface al señor Calzado é invoca en su escrito el dicho del señor Lerin, único testigo presencial de nuestro convenio. Yo admito gustoso el testimonio de este cumplido caballero, y lo acepto como el mas solemne laudo arbitral ante la opinion pública. Hé aquí su contestación á la carta que le pasé tan luego como leí el impremeditado artículo del señor Calzado:

« Mi estimado amigo Peral: Contesto á su grata de hoy autorizándole á manifestar en mi nombre, puesto que Calzado evoca mi testimonio, que en presencia mia le ofreció á Vd. los « diez mil francos » por SIETE MESES y no por doce. Con este motivo se repite de Vd. afectísimo amigo. — Antonio Castillo de Lerin. — París 17 de setiembre de 1856. »

Nada hay que añadir á esto; el señor del Peral se explica tan claramente que hace inútil todo comentario.

• MARIANO URRABIETA.

## GERIFALTE.

Por CARLOS DE BERNARD.

(Continuacion.)

Clemencia se puso igualmente las manos en los oídos; Constanza, medio loca, tuvo el atrevimiento de escaparse del salon, y Gerifalte se echó á reír como celebrando la broma, pues el baron de Bergenheim concluido su toque marcial entraba alegremente en la sala.

— ¡Ah, ah! no esperabais este acompañamiento, dijo el baron cuando se calmó un poco su alegría; ¿con qué ese era el artículo de la *Revista de París* que teniais que escribir? ¿Y pensais que os voy á dejar cantando duos italianos con esta señora mientras yo doy vueltas por los montes?... Os equivocais, amigo mio. Vamos, vamos, venid y os daré una escopeta; ántes de cenar matarémos unas cuantas liebres.

— Baron, exclamó la solterona cuando su conmoción la devolvió por fin el uso de la palabra, teneis unas chanzas muy groseras... no haria mas un soldado... Me habeis roto la cabeza, seguramenté tendré la jaqueca dentro de una hora.

— No penseis ahora en la jaqueca, respondió el baron, cuyo buen humor se hallaba excitado por los placeres de la caza; estais tan fresca como un capulló de rosa, y Constanza cenará esta noche cabezas de liebre cuantas quiera.

En este momento se oyó en el patio un segundo bullicio tan fuerte como el primero; los sonidos roncós y falsos de una trompa de caza que evidentemente se hallaba en manos de un aficionado muy novicio, acompañaban los ladridos confusos de una jauría numerosa, y todo ello estaba mezclado de carcajadas, de latigazos, de voces y de clamores de toda especie. En medio de este inferno se oyó de repente un grito mas penetrante que todos los demás, un grito de desesperación y de angustia.

— ¡Constanza! exclamó la señorita de Corandeuil con una voz de falsete llena de terror. Y se precipitó hácia las ventanas de la antesala seguida de todos.

El espectáculo del patio merece una descripción particular. Marillac de pié sobre un banco soplabá desahoradamente en una trompa queriendo tocar el wals de *Roberto el Diablo* de un modo mas infernal aun que le escribió el autor. A sus piés siete ú ocho cazadores animaban con sus gritos una caza de un género nuevo. La jauría del baron, muy afamada en el país, se componia de unos cuarenta perros que todos llevaban marcado en la pata derecha el escudo de Bergenheim, costumbre inmemorial en la familia. Esta insignia de nobleza había influido probablemente sobre el moral de la jauría, pues era imposible hallar en veinte leguas á la redonda una colección de animales mas dañinos y disputadores, lo que no impedía seguramenté que fueran privilegiados para la caza.

En medio de esa banda sin fé ni ley vino á caer la infortunada Constanza huyendo del sonido de la trompa; pero ¡ay! no sabia el recibimiento que la esperaba. Sea que la contienda entre los Corandeuil y los Bergenheim hubiese llegado hasta la raza canina, sea por investigación de los lacayos que unánimemente detestaban á aquella alhaja de la solterona, lo cierto es que los cuarenta perros cayeron sobre Constanza y la mordian y se la disputaban como decididos á llevarse cada cual un trofeo de su piel color café con leche.

El personaje que mas se divertia con ese deplorable espectáculo era sin duda el viejo Rousselet que se frotaba las manos mientras provocaba á los asesinos con un silbido que tanto les alentaba á consumir su crimen como la trompa de Marillac.

— ¡Constanza! gritó por segunda vez la señorita de Corandeuil helada de espanto al presenciar la escena: esta llamada no produjo ningun efecto sobre la parte animal de los actores de ella, pero los lacayos y aun los cazadores temblaron; los gritos cesaron al instante, muchos de los espectadores se eclipsaron prudentemente, el que cuidaba los perros principió á llamar con el látigo á sus subordinados, y en cuanto á Rousselet, mas político que ninguno, se lanzó intrépidamente en medio de la pelea, sacó á Constanza medio desmayada y la llevó en brazos á la solterona.

Cuando esta vió que depositaban á sus piés el objeto de su cariño cubierto de lodo, manchado de sangre y arrojando ladridos ahogados que ella tomó por la agonia, se dejó caer en un sillón sin aliento para pronunciar una palabra.

— Marchémonos, dijo á media voz Bergenheim tomando á su huésped por el brazo, y con el tono y las maneras de un estudiante cogido en una falta.

Gerifalte lanzó en su derredor una mirada incierta y buscó con los ojos á la señora de Bergenheim aunque sin hallarla. Clemencia sin cuidarse de la desesperación de su tia había corrido á encerrarse en su cuarto, pues sentia la necesidad de estar sola para calmar su emoción ó quizás para recrearse en ella por segunda vez. Octavio se resignó, pues, á seguir á su compañero, cuya retirada parecia una derrota verdadera.

En menos de un minuto cazadores y perros salieron del patio y se alejaron rápidamente por la alameda en direccion del bosque del Cuerno. Al cabo de algunos instantes cuando se debilitó el efecto producido por la fisonomía lamentable de la señorita de Corandeuil, la alegría prosiguió su curso. Las bromas grotescas, las agudezas campestres, en una palabra, toda esa jovialidad

que hace tan fastidiosa una reunion de cazadores tomaron su vuelo. Bergenheim se hallaba acostumbrado y no hacia caso; Marillac habia visto entre los cazadores un grueso notario que explotaba á su modo, es decir, estudiándole para ponerle en un sainete que meditaba, y Gerifalte marchaba á retaguardia con un aire melancólico que desmentia la afición á la caza que habia manifestado en su primera conversacion con el dueño del palacio. Al cabo de pocos minutos los gritos de los perros, las chanzas continuas de los cazadores, el paseo al aire libre, y mas que todo el buen humor de Bergenheim, le habian inspirado un aburrimiento mortal que no pudo ménos de pintarse en su fisonomía.

— ¡Parece que vais á un entierro! le dijo el baron con su eterna risa; siento mucho haberos separado de la baronesa; parece que os hallabais mejor en su compañía que en la nuestra.

— ¿Os mostrariais celoso si conviniera en ello? exclamó Gerifalte, haciendo un esfuerzo para seguir el tono de broma de su interlocutor.

— Celoso, no á fé mia, aunque á la verdad sois un hombre que puede inspirar inquietudes á los maridos; pero los celos no entran en mi carácter ni en mis principios.

— ¡Sois filósofo! dijo el amante con una sonrisa algo forzada.

— Mi filosofía es muy sencilla. Respeto demasiado á mi mujer para sospechar de ello en lo mas mínimo, y por mi parte no quiero atormentarme de antemano con la idea de una desgracia imaginaria. Si esa desgracia me sucediera y llegase á estar bien cierto de ello, entónces me ocuparia formalmente; el negocio estaria bien pronto concluido.

— ¿Qué negocio? preguntó Marillac interrumpiendo su música y acercándose á tomar parte en la conversacion.

— Un negocio, querido mio, extraño todavía á todos nosotros, aunque me encuentre yo en la categoría mencionada; hablamos de infortunios conyugales.

El artista lanzó á su colaborador una mirada que significaba: ¡Qué diantre estás hablando ahí! — Y luego tomando la palabra exclamó en tono sentencioso, pensando que su intervencion no seria inútil para sacar á su amigo de aquel atolladero.

— Muchas cosas habria que decir en el asunto; muchos volúmenes se podrian escribir sobre la materia, pero en cuanto al modo de ver individual, cada uno tiene su plan y su sistema de conducta.

— ¿Y cuál seria vuestro sistema, gran tunante? preguntó el baron; ¿seriais tan cruel cuando casado como sois travieso de soltero? Así sucede generalmente.

— Os engaiais, baron, contestó Marillac; mis travesuras de soltero me han predispuerto á la indulgencia.

— Pero en fin, si fuerais casado...

— Si yo fuera casado y me engañara mi mujer, me resignaria al infortunio en vista de la fragilidad del bello sexo.

— Propósito de soltero, amigo mio; ¿y vos, Gerifalte?

— Os confesaré que nunca he reflexionado sobre ese punto, respondió el poeta algo cortado. Además, yo creo en la virtud de las mujeres.

— ¡Ah, ah! galanteria perdida, no vienen aquí las señoras. Pero á todo esto no me decís lo que hariais.

— Creo que diria con el poeta Lanoue: « El ruido es para el fatuo, la queja es para el necio; — el hombre de bien engañado, se aleja sin decir palabra. »

— Soy en parte de la misma opinion; únicamente yo introduciria una variante poniendo en vez de *se aleja, se venga sin decir palabra.*

Marillac lanzó otra mirada de inteligencia á su amigo.

— ¡Per Bacco! exclamó, sois un esposo veneciano.

— Creo que mataria á mi mujer, que seguiria el amante y seguiria yo quizás, y todo sin desplegar los labios. — Pero tú, Bichon, ten cuidado, ese perro no anda.

Al decir estas palabras el baron atravesó de un brinco gigantesco un barranco que separaba el camino por donde marchaban los tres de una plazoleta donde habian entrado ya los otros cazadores.

— ¿Qué te parece de eso? murmuró el artista á los oídos de Gerifalte con un acento dramático.

En vez de responder, el amante hizo una mueca intraducible, que segun la apariencia queria significar:

— No me da el menor cuidado.

El sitio que debian atravesar para llegar al bosque del Cuerno formaba un gran espacio largo sobre un plano inclinado y bajaba de lo alto del valle hasta el rio. En el momento en que Marillac atravesaba á su vez el barranco, su amigo vió á la extremidad inferior de la plazoleta á la señora de Bergenheim que marchaba lentamente por la alameda; un instante despues habia desaparecido sin que la hubiesen visto los otros cazadores.

— Cuidado, dijo el artista, mira que el terreno está resbaladizo.

Esta advertencia no sirvió de nada; Gerifalte al dar el brinco tropezó con la raíz de un árbol y cayó.

— ¿Os habeis hecho daño? le gritó Bergenheim. Octavio se levantó y quiso andar, pero tuvo que apoyarse en su escopeta.

— Creo que me he torcido el pié, dijo, y se llevó á él la mano como si hubiera sentido un dolor vivo.

— ¡Diablo! exclamó el baron acercándose; sentaos; ¿pensais que podréis andar?

(Se continuará.)



**LA FIESTA**  
**del 15 de agosto en**  
**Geryville (ÁFRICA.)**

Aunque un poco tarde ya, no vacilamos en publicar la noticia y los dibujos siguientes:

Geryville, así llamado para honrar la memoria del general Gery, que fué el primero que guió las armas francesas por el Sahara de la provincia de Oran, se elevaba con la segunda era de los Napoleón bautizado con uno de los hechos de armas más brillantes de la guerra francesa en África.

El 22 de noviembre de 1852 el mariscal Pelissier, duque de Malakoff, entonces general de división que mandaba en la provincia de Oran, llegaba á El-Beid á la cabeza de una fuerte columna y levantaba su tienda sobre el mismo sitio que hoy ocupa el fuerte. Había salido de Oran con la firme resolución de establecer en medio de las tribus saharianas un puesto permanente que pudiera mantenerlas en los límites del deber y protegerlas al mismo tiempo contra las invasiones del cherif Si-Mohamed-ben-Abdallah y de los zegdus marroquíes.

El 25 el general ponía la primera piedra del nuevo puesto militar, y el 27 dejando como unos seiscientos hombres á las órdenes del teniente de Colomb, á quien encargaba la organización, el mando y la administración de las tribus saharianas de la subdivisión de Mascara, corria á tomar Laghouat por asalto el 4 de diciembre.

En el mes de agosto de 1854 el fuerte se hallaba dispuesto á recibir á la guarnición. El capitán de Colomb, comandante superior, queriendo inaugurarle el 15, día de la fiesta del Emperador, convocó á todos los goums del círculo.

En esta primera fiesta de Geryville se reunieron más de dos mil hombres á caballo de tribus de origen distinto que pocos años antes vivían en la mayor anarquía y constantemente en guerra, y que entonces guiados por una administración conciliadora, y bajo una disciplina firme y severa, se tendían fraternalmente la mano.

La fiesta del 15 de agosto tomó, pues, para Geryville el triple carácter de fiesta del Emperador, fiesta de inauguración del puesto militar y fiesta de conciliación para las tribus del círculo.

Dos mil ginetes, ebrios de pólvora y de movimiento, prolongaron la fiesta durante tres días sin que sucediera ninguna desgracia, y con sentimiento rompieron una reunión sin ejemplo todavía en el país.

La fiesta de 1855 fué mucho más brillante que la de 1854; no quedó un solo hombre en las tiendas y muchos jefes llevaron también á sus mujeres en palanquines con camellas ricamente enjaezadas.

Este año desde el principio del mes de julio todo se preparaba ya en Geryville para dar á la solemnidad del 15 de agosto el mayor esplendor posible; toda la guarnición animada por el señor teniente Laverny, de los tiradores argelinos, quería contribuir á preparar el campo de la fiesta.

Una inmensa tienda de madera cubierta con hermosos tapices árabes formaba un salón destinado para las señoras, el estado mayor del puesto militar y los árabes distinguidos. En el frontón de ese edificio



Fiesta del 15 de agosto de 1856, en Geryville. (Argelia).



improvisado sobre un pórtico de verdura, un águila gigantesca con la corona imperial sobre la cabeza, parecía cubrir con sus alas aquel puñado de franceses que se encontraban allí á cien leguas de la costa, en medio de soledades inmensas y de dos mil hombres armados que iban á reunirse en torno de ellos.

El 13 comenzaron á llegar quemando pólvora y lanzando gritos de alegría con los que se mezclaban los *you-you* de las mujeres que iban en los palanquines. Establecieron su campo en un vasto espacio en forma de herradura preparado de antemano; la tienda del estado mayor dominaba la línea. El 14 por la noche una ciudad de tiendas de todos colores y de todas formas, animada por cerca de tres mil personas y mas de dos mil caballos, presentaba un espectáculo sorprendente.

El 15 al amanecer, mientras resonaba el estampido del cañon sobre los bastiones del fuerte, el capitán Colomb, comandante superior, acompañado de todos los oficiales á caballo y de algunos spahis, pasó rápidamente una revista á los árabes formados en dos líneas paralelas haciéndose frente y las mandó desfilar al paso y al galope. Después de este desfile principió una fantasia muy animada que duró hasta las nueve.

A las dos de la tarde un cañonazo anunció el principio de los juegos; el primero fué un tiro al blanco para el cual se presentaron cerca de doscientos árabes con buena reputación de tiradores; pero sin

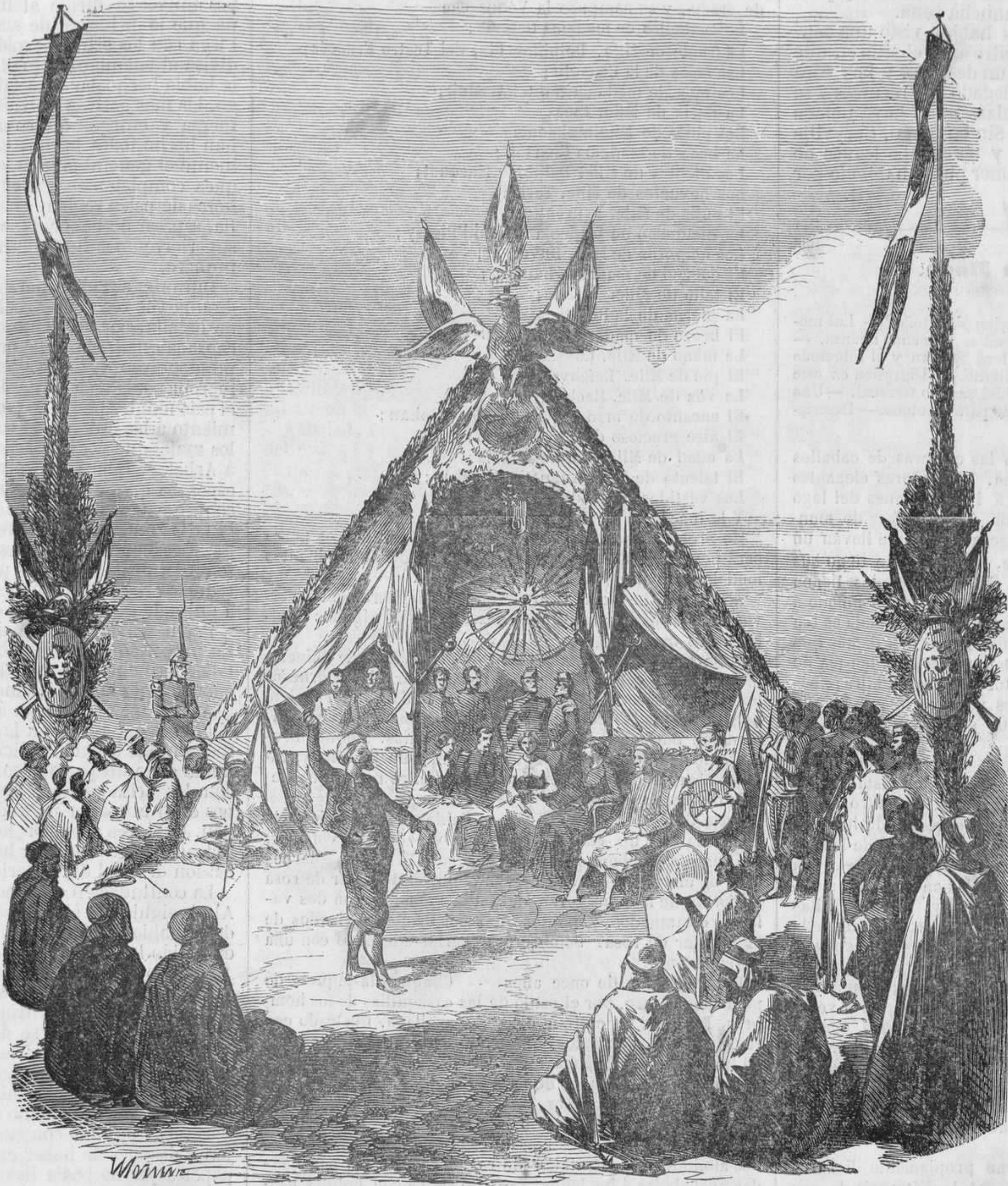
embargo, se llevó la palma un simple artillero de la guarnicion. Luego vinieron otros juegos, como el salto sobre un pellejo lleno de aire, las carreras en sacos, etc.

Al ponerse el sol en tanto que la artillería hacia las salvas, un globo de seis metros de altura confectionado con papeles de distintos colores por el sargento de ingenieros Enrique, se elevaba majestuosamente llenando de terror á muchos árabes tímidos ó supersticiosos que en el colmo del espanto, se metieron la cabeza entre los hombros y corrieron á sus caballos que ensillaron con precipitación; pero las risas y los silbidos de los mas valientes que habian permanecido firmes lograron detener aquella fuga.

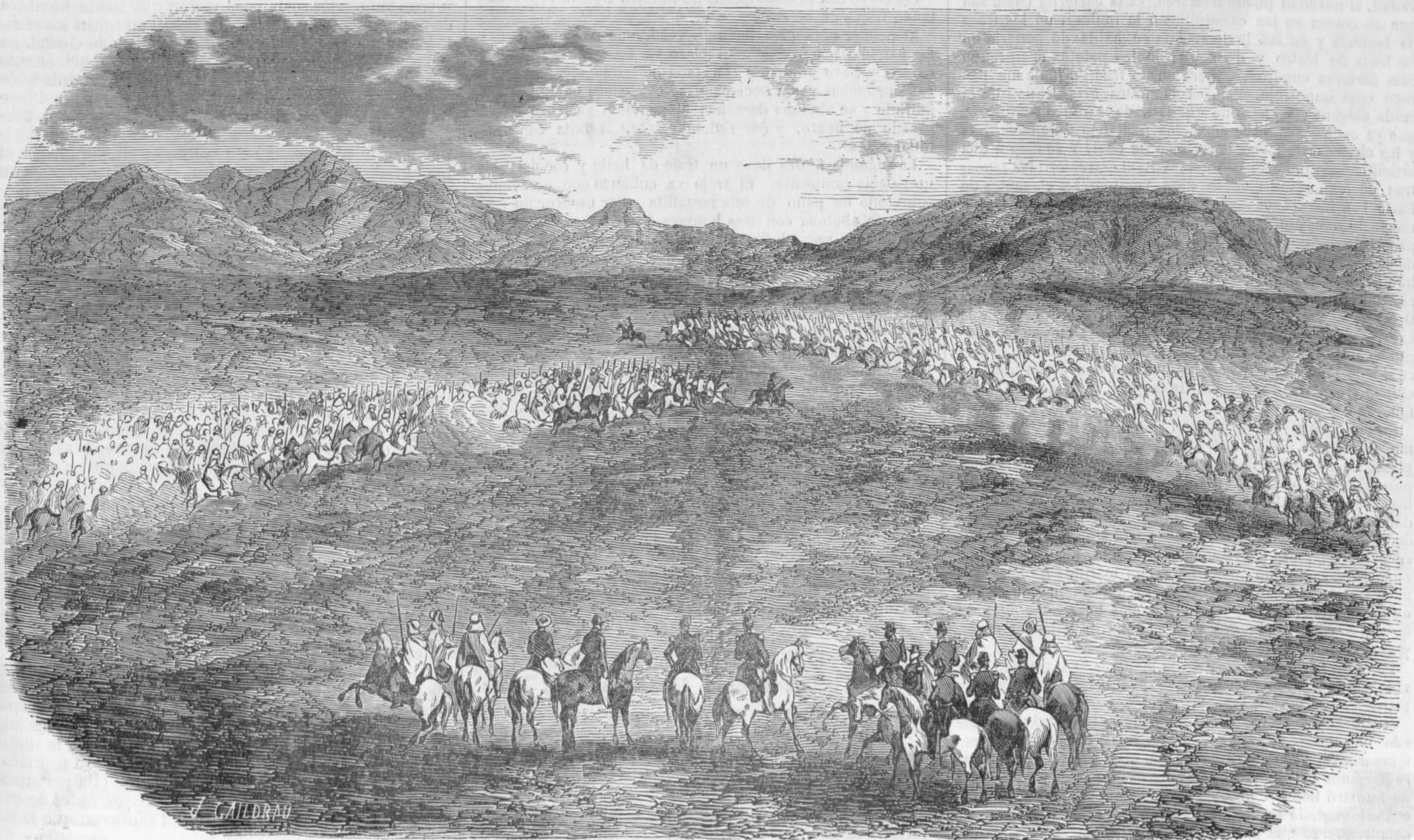
Una comida dada por el comandante superior reunido en el gran salon adornado con trofeos militares y alumbrado por arañas formadas con pistolas y bayonetas, á las señoras, los oficiales de la guarnicion y el kalifa Sidi-Hanza. Se echaron brindis entusiastas al Emperador y á la familia imperial, á la prosperidad de Geryville y á su fundador el mariscal Pelissier, vencedor de Sebastopol. La funcion se terminó aquella noche con juegos y bailes árabes.

Al siguiente día 16 continuó la fiesta; se repitieron los juegos de la víspera y se completaron con carreras á pié y á caballo y el juego de la sortija.

El 17 y el 18 los árabes no habian levantado todavía una sola tienda; trataban de sus negocios ó continuaban sus diver-



El salon de los oficiales en la fiesta de Geryville.



El desfile de los árabes en la fiesta de Geryville.



siones. Hasta el 19 no principiaron á marcharse y para eso lo hacían lentamente y con mucha pena.

Nunca las regiones saharianas habían visto una reunión semejante. Hace apenas cuatro años el sitio en que hoy se encuentra Geryville era un desierto, y hoy para una fiesta nacional se han desplegado allí recursos y se ha visto una animación que quizás no se haya notado en pueblos grandes de Francia. Sin embargo, Geryville está á cien leguas de la costa, y cincuenta leguas de estepas áridas le separan del primer punto habitado por europeos. H.

### Revista de la Moda.

**SUMARIO.** — ¿Dónde se pasa la estación de otoño? — Las modas masculinas y las modas femeninas formando alianza. — Nuevos modelos de otoño. — El lord Raglan y el sobretodo Dorsay. — Sobre la levita de invierno. — Digresión en este artículo de modas. — Eva arrojada del paraíso terrenal. — Una Vénus cumplida. — Trajes de niños para el otoño. — Descripción del figurín de este número.

El otoño se pasa en la caza, en las carreras de caballos y en paseos al bosque de Boulogne. Los señores elegantes se muestran en el Pré Catelan y á las márgenes del lago con vestidos propios de la estación. Sobre el frac de montar á caballo y sobre la levita ligera y elegante llevan un sobretodo de otoño de paño suave, pues el otoño tiene sus trajes lo mismo que el invierno. Estos sobretodos tienen mucho vuelo y mangas muy anchas; se parece mucho á los tweeds que llevan ya las señoras. En verdad, nada es tan grotesco como ciertas modas del día. Las bellas damas que dicen que la moda masculina es tan uniforme y tan fea no vacilan en ponerse levitas y paletós. Parece mentira; ¿sería porque se han ridiculizado los vestidos huecos? No lo creo, pues la levita no impide que se lleven enaguas de acero.

Si hablo de las modas femeninas, queridos lectores, es porque pueden llamarse modas masculinas, en vista de esas botitas de piel, esos sombreros Luis XIII de fieltro gris ó color de castaña, y esos sobretodos de edredon, de lovetina y de chinchilla que hoy se usan. Los sobretodos de las señoras son como los de los hombres, excepto el vuelo y la anchura de las mangas. Los dos modelos en boga son siempre el lord Raglan y el sobretodo Dorsay. — El lord Raglan se hace de lovetina ó de chinchilla con forro de seda ó sin forro. En el primer caso debe llevar el cuello con tapa de terciopelo, y en el segundo va ribeteado con un galon de siete ú ocho centímetros de anchura que forma una orla en el cuello y cubre la extremidad de las solapas. A veces el Raglan lleva una cartera sobre el delantero para ocultar los botones cuando la prenda se cierra, pero por lo común se dejan los botones á la vista: solo lleva una hilera de tres ó cuatro, y sin embargo, el cruzado tiene tela.

El sobretodo Dorsay es simplemente el tweed que se usó hace algunos años. La moda cambia de nombre, pero no crea nada nuevo.

En cuanto á la levita de invierno propiamente dicha se parece enteramente á la de otoño, con la diferencia de que se hace de una tela mas gruesa y abrigada. La única novedad, si novedad puede llamarse, es la carterita cuadrada que se coloca en las casaquillas á la inglesa, en los fracs de fantasía y en las levitas. Aun se habla de ponerla en los fracs de teatro y de soiré; en los paletós comprendo esas carteras cuadradas, pero en un frac de baile me parece cosa imposible. Esta es la única originalidad de la moda elegante, y ahora no queda nada sino los sombreros que ya conocemos hace años, los pantalones de telas lisas y los chalecos de forma derecha ó de chal. Y se dice á una articulista de modas: — Envíe Vd. al extranjero las muestras de las nuevas modas; diga Vd. que los elegantes de París son los mozos mas guapos del universo, que tienen un gusto delicado, etc., etc. — Está muy bien, lo digo y lo proclamo. — Por otra parte, celebro no tener mucho que decir sobre los pantalones y los chalecos, pues prefiero hablar hoy de lo que no me está encomendado. Verbigracia, quiero hablar de la venta de los muebles de madama Octavia, « por haberse concluido el arrendamiento de la casa, » dice el catálogo de la venta. Pero ahora se me preguntará quizás qué comercio hacia madama Octavia, á lo cual solo tengo que responder que era una actriz bonita y elegante con una reputación de mujer á la moda que nadie ignoraba.

En el catálogo se encuentran solo 107 artículos, pero de mucha riqueza; todo son cristales, objetos de arte, antigüedades de valor; la tasación es de cincuenta mil francos, pero la venta dará un producto mas elevado. Todos los hombres á la moda desearán adquirir un recuerdo de madama Octavia. Se supone que la graciosa ha sido arrojada de su paraíso por la pérdida de un pleito; habia muchas serpientes en ese paraíso, dice la gaceta, añadiendo como suposición que todo proviene de un marido: no hay nada peor que la gaceta, y la gaceta es todo el mundo, es la opinión pública, es mi vecino, somos todos. Siempre se quiere averiguar el cómo y el cuándo de todas las cosas, y cuando no se descubre, se inventa.

Por otra parte, los cabellos de madama Octavia han servido para componer una Vénus imaginaria en el mundo artístico.

— Queremos una Vénus, una Galatea cumplida, se dijeron una mañana ciertas celebridades de la literatura contemporánea, y como ya no existen ni Fidas ni Pradier, arreglarémos nosotros nuestra Vénus con las actrices famosas de nuestro tiempo. Ahora bien, despues de un examen escrupuloso de la hermosura de cada una de ellas, hubo de comprenderse que para crear una Vénus cumplida, se ne-

cesitaba tomar de cada actriz un elemento de perfección y de gracia, y se compuso la Vénus con

Los cabellos de madama Octavia;  
La frente de Mlle. Delphine Fix, del Teatro Francés;  
Las cejas de la Cruvelli;  
Los ojos de madama Naptal Arnault;  
La nariz de Mlle. Cico;  
Los oídos de Mlle. Azimont;  
La boca de madama Charton;  
Los dientes de Mlle. Delphine Marquet;  
Los hoyuelos de Mlle. Teric;  
El cutis de Mlle. Laurentine;  
La distinción de madama Arnould Plessy;  
Los hombros de Mlle. Duverger;  
El cuerpo de madama Lauters;  
El talle de Mlle. Valérie;  
La pierna de la Rosati;  
El brazo de madama Rose Chéri;  
La mano de Mlle. Constance;  
El pié de Mlle. Lefebvre;  
La voz de Mlle. Rachel;  
El encanto de madama Magdalena Brohan;  
El aire gracioso de Mlle. Figeac;  
La edad de Mlle. Emilie Dubois;  
El talento de Mlle. Augustina Brohan;  
Los vestidos de madama Doche;  
Y la inocencia de Celina Montaland.

Me prometo, queridos lectores, que esta Vénus os parecerá perfecta, sobre todo si conocéis algunos de los bonitos modelos que sirvieron para reproducirla.

Ahora que he dejado correr mi pluma libremente, volveré á mis modas; hé aquí la descripción de algunos bonitos trajes de niños.

Traje para niño de siete años. — Paletó gris de chinchilla, ribeteado con un galon de igual color; lleva gruesos botones de nácar. A cada lado de los faldones del paletó bolsillos cerrados con un grueso boton; mangas de vuelta; pantalon bordado cayendo hasta las rodillas. Botines bretones de paño ceniciento abotonados en toda su altura; zapatos charolados; sombrero breton de fieltro negro guarnecido de terciopelo negro.

Traje de niño de tres años. — Falda blanca de jaconás adornada con un entredos bordado y pequeños volantes. Representa un bonito delantal bordado. El cuerpo guarnecido de una berta lleva un gran cinturón de color de rosa en forma de faja en torno del talle. Pantalon con dos volantes estampados. Zapatitos de color de perla rizados de cinta color de rosa. Sombrero imperial adornado con una pluma blanca.

Para un niño de once años. — Chaquetilla-jaqueta de paño gris oscuro, por el estilo de las casaquillas de los hombres. Pantalon de casimir color de avellana, ilustrado con rayas anchas á los lados; chaleco de piqué blanco; camisa de Holanda con pliegues menudos y cuello vuelto; corbata de fantasía. Las mangas de la camisa llevan gemelos.

Para niño de ocho años. — Chaquetilla polaca de terciopelo azul guarnecida de alamares negros. Cuello vuelto de batista almidonado; mangas interiores de batista, con puños almidonados. Pantalon de casimir gris claro con bandas acanaladas á los lados. Zapatito negro con botines azules del mismo color que la chaquetilla.

Concluyo con la descripción de nuestro figurín representando trajes de otoño.

El primer personaje lleva un vestido de por la mañana. Su paletó de edredon azul claro va forrado de seda por dentro, y lleva un cuello con tapa de terciopelo. Las mangas son anchas y sin bocamangas; el chaleco es de casimir labrado y se abotona derecho; el pantalon gris oscuro va rayado de negro, y cae redondo sobre la bota con trabillas.

La segunda figura lleva un traje de baile y concierto en un palacio campestre. El traje va cubierto con un bonito sobretodo de paño de tela mezclilla color oscuro. Su frac negro se abotona con tres botones, y lleva faldones largos y cuadrados por abajo. El chaleco es de piqué blanco; el pantalon negro de satin de lana cae redondo sobre la bota con trabillas.

El tercer personaje es un gentlemán en toda la extensión de la palabra. Su traje se compone de una casaquilla-jaqueta de hermoso paño verde Napoleon, que tiene la anchura justa para que se ponga únicamente el boton de arriba. Chaleco de cachemira de pequeño chal corredizo que cierra mas ó menos y de una buena anchura por abajo. Pantalon de cuadros gris muy ajustado, lo que constituye el pantalon á la orden del día.

Por último, vemos un niño de unos seis años con un pequeño sobretodo mosquetero de cachemira granate forrado interiormente de seda por dentro y ribeteado todo con un galon de seda. Debajo lleva una blusa de seda bayadera reproduciendo como tres especies de volantes graduados; esta blusa va ajustada al talle por un cinturón cerrado por delante; pantalon de igual tela que la blusa, muy corto, muy ancho y guarnecido de dos hileras de encaje; gorrita de cachemira adecuada al sobretodo; pequeños botines cenicientos y medias rayadas.

VIZCONDESA DE RENNEVILLE.

### Hombres ilustres DE LA AMÉRICA ESPAÑOLA.

JULIO ARBOLEDA.

(Continuación).

Nada podía ser mas propicio. Patiño debía llegar de un momento á otro, y el combate estaba empeñado en terreno favorable á las tropas de Arboleda. Este, al reci-

bir las noticias anteriores, acompañado de algunos bravos amigos se dirige al lugar de mas peligro, y ordena que lo principal de sus tropas repase el Juanambú. Llega con los primeros soldados á un punto desde donde divisa al enemigo; pero la lucha no estaba trabada: se le habia hecho dar una falsa noticia. Toma, sin embargo, las mas activas providencias: despliega su pequeña fuerza y empeña un combate, de cuyas disposiciones han hecho todos los que en él se hallaron, y especialmente el general Franco, el mas cumplido elogio. Flanquea completamente á su enemigo, y despues de siete horas de pelea reñida, queda dueño del campo de batalla, á pesar de haber lidiado con un ejército tres veces superior, y mas fuerte aun por su disciplina que por su número.

Durante aquellas horas crueles, pero gloriosas, mas de una vez recorrió Arboleda con el antejo el campo de batalla, por ver si asomaba Patiño con la gente descansada que tenia á sus órdenes; pero este hombre tan pundonoroso y tan valiente habia sido detenido en su marcha por la resistencia de sus subalternos á abandonar el país natal. Apesarado por no haber podido dar cumplimiento á las órdenes de su jefe, y comprendiendo todos los males que podia acarrear su dilación, envió á decir á Arboleda que no le volvería á ver jamás; pero que esperaba que la noticia de su muerte en defensa de la comun causa, daría á conocer que no le era imputable la falta cometida. Y en efecto, despues de una serie de hazañas inauditas, despues de buscar con ansia la muerte en los puestos de mas peligro, alcanzóla al atacar un reducto erizado de cañones; cumpliendo así su palabra á guisa de caballero de la edad media.

Dos horas de descanso siguieron á tan sangrienta lid. En proporción del número de combatientes, pocas batallas ha habido en que la pérdida haya sido ni mas enorme, ni mas heroicamente sufrida.

Arboleda se preparaba á renovar el ataque por la noche, para dar remate á la obra empezada; mas en ese momento le traen la noticia de que el mismo jefe que le habia dado un parte falso la víspera, habia desertado con las primeras sombras de la noche, arrastrando en pos de sí la mayor parte de hombres útiles que quedaban. Entónces sabe por los pocos soldados fieles que le rodeaban, que el traidor habia estado invitando á la defección desde el día anterior.

La continuación del ataque se hizo, pues, imposible. Al día siguiente, al rayar del alba, las fuerzas de Obando se habian unido á las de Franco. La traición habia destruido los bien combinados planes de Arboleda.

Obando y Franco se acamparon en Sachapamba. Arboleda, acompañado de sus amigos Luna, Ibarra, Pallares, y 26 hombres de tropa, pasó por enfrente de las fuerzas enemigas, y se dirigió á la provincia de Túgueres. En esta ciudad se mantenía, cuando fué invadida por 1,800 hombres. Con los poquísimos soldados que le quedaban, Arboleda hizo frente, quemó sus últimos cartuchos, haciendo daño al enemigo; y no quedándole mas recurso, ganó con sus gentes el territorio extranjero, despues de haber entregado á las llamas todos los papeles que no podia llevar consigo y que eran parte á comprometer á sus amigos políticos.

Si Arboleda no triunfó, por lo ménos sus esfuerzos no fueron vanos: los socialistas vieron que habia hombres de pecho levantado que no toleraban en calma los atentados; y además, el ejemplo de aquel noble ciudadano fué seguido en Popayan, por el bravo coronel Jacinto Córdova y sus amigos, — en Caloto, por el intrépido Manuel Tejada, — en Cali, por el patriota Miguel Borrero, — en Antioquia, por el benemérito general Borrero, — en Bogotá, por el distinguido Dr. Pastor Ospina y por el bizarro José M. Ardila, — en Tunja, por el malogrado jóven Dr. J. N. Neira, — en el Cauca, por los eminentes ciudadanos Sanclemente y Hoyos, — en Mariquita, por los arrojados señores Caicedos, Diago, Vicente Ibañez, Viana, Vargas Paris, — en Pamplona, por el ilustrado Sr. Leonardo Canal.

En el Ecuador se hacían esfuerzos en aquella época por llevar á cabo la revolución socialista realizada en la Nueva Granada. De ahí el empeño por prender á Arboleda y entregarlo á los generales del partido dominante en la República vecina; todo de acuerdo con los agentes que el titulado gobierno granadino habia enviado al del Ecuador.

Arboleda, advertido de lo que pasaba, reúne á los pocos hombres del pueblo que le habian seguido, y les reparte las últimas monedas que le quedan, les da las piezas de ropa que le restan; los abraza, y auxiliado por el general Vernaza, granadino residente en el Ecuador, se dirige hácia Quito.

Mientras tanto, el gobernador de Popayan confiscaba, sin embargo de prohibirlo la Constitución, todos los bienes de Arboleda; y López y su consejo aprobaban la medida. Al mismo tiempo, aquel agente del socialismo neo-granadino mandaba reducir á prisión á la virtuosa señora de Arboleda, porque no alcanzaba á pagar una fuerte multa que se le exigía, despues de haber sido despojada hasta de la casa paterna, que fué convertida en cuartel.

Antonio Mateux, jefe de los azotadores del Cauca, llega á la casa de Arboleda en Caloto, se apodera de los papeles que encuentra, y los que no guarda los despedaza. Entre los papeles que ese hombre despedazaba, estaban varios cantos inéditos del GONZALO, la mejor obra literaria que se haya escrito en la Nueva Granada, como se verá por los fragmentos que de ella pensamos publicar; obra que pasará mucho tiempo antes de que su autor pueda reponerla hasta el punto en que la tenía.



Un día se le preguntó á Arboleda cuántos hijos tenía, y contestó sonriendo tristemente: — « He tenido ocho: el gobernador del Cauca mató al primogénito al salir de la patria potestad: el destierro mató al penúltimo; es- pero que la vida errante que llevo, no me priva de los demás. »

— ¿Y cuál era el primogénito? — *Gonzalo de Oyon!* y sin poder contener las lágrimas, el desventurado poeta se separó de su interlocutor.

Cuando Arboleda llegó á Quito, ya su hermano, el Sr. Cárdenas, y el Sr. Luna habían partido por tierra para el Perú. Arboleda se vió obligado á seguir la misma ruta, para alejarse de sus perseguidores; mientras que el coronel Ibañez, tenaz en sus nobles propósitos, se quedaba en Quito, teniendo que acogerse á un pabellon extranjero, para no verse aprisionado.

Noble y digna de ejemplo fué, por cierto, la conducta de los ilustres proscritos refugiados en Lima. De alma grande y corazón bien puesto, aunque se hallaban destituidos de recursos, no mendigaron favores del poderoso, y ni siquiera aceptaron los servicios que deseaban prestarles algunas personas respetables. Arboleda (1) y su hermano se ocupaban en enseñar idiomas y servían como subalternos en una imprenta; Luna enseñaba á leer y á escribir; el Dr. Uribe ejercía su profesion como médico; el capitán Olivera se hizo mozo de café; en fin, todos ganaban su subsistencia á fuerza de trabajo.

Cuando por casualidad la desesperacion asomaba en algun semblante, el virtuoso Luna apelaba al libro de Job, y su lectura reanimaba á los que desfallecian. Los rasgos magníficos de ese bello libro parecían mas santos, mas sublimes al ser pronunciados con calma por los labios de aquel varon justo, paciente, generoso y magnánimo. Un país que cuenta con hombres semejantes, no puede ser por largo tiempo esclavo.

Arboleda estaba lejos, y sin embargo servía de constante pesadilla á los jefes del socialismo en la Nueva Granada. Siempre estaban espantados creyendo que volvía á luchar contra ellos. En su furor contra ese patriota, ya que no podían reducirlo á prision, ultrajarlo, asesinarlo, — asalariaban escritores que lo calumniasen. Así, por la accion natural y constante que ejerce la inocencia sobre el delito, la justicia sobre el reo, — cuando el proscrito dormía sosegadamente el proscritor ve- laba; ó tenía sueños agitados.

Un año despues de hallarse Arboleda en Lima, resolvió irse para los Estados Unidos. Con mil dificultades logró burlar la vigilancia de los agentes del socialismo, cruzó el istmo de Panamá y se embarcó con direccion á Nueva-York, en donde permaneció mas de un año entregado á la lectura y al trabajo de obras importantes.

La juventud inteligente é ilustrada que estaba afiliada en el partido que se llama liberal, descubrió que ciertos ambiciosos abusaban de su buena fé, y que profonando la palabra libertad, seguían una marcha contraria á la que deben seguir los republicanos honrados. Esos jóvenes examinaron en calma los precedentes de aquellos hombres; meditaron sobre el estado tristísimo á que habian conducido á la nacion, y les causó profunda pena. Arrancaron la careta que encubría á los hipócritas y los maldijeron.

Esa juventud aunque profesa doctrinas sociales algo exageradas, es, no obstante, honrada y generosa. (2) Llamada á ejercer su influencia en los destinos públicos, abogó por el sufragio directo y secreto, por la separacion de la Iglesia y del Estado, (para dejar así su libertad á aquella), y por todos aquellos principios sobre los cuales deben fundarse las instituciones democráticas. La Constitucion fué reformada; y el pueblo de la Nueva Granada, teniendo ya seguridad y libertad para votar, llamó á Julio Arboleda para que ocupase un puesto en las Cámaras legislativas.

Arboleda se hallaba en Nueva-York con su familia, que habia querido participar de su destierro; pero él no vaciló en separarse de su madre, de su esposa y de sus hijos. Su patria lo llamaba, y todo debía renunciarse por ella. — Embarcóse, pues, el 20 de noviembre de 1853, y llegó á Bogotá en fines del mes de enero de 1854.

Reunido que fué el Congreso, el Senado eligió á Arboleda para que lo presidiera, y terminado su período, lo reeligió. — La Sociedad de Beneficencia, compuesta de las principales señoras de la capital, lo condecoró con una medalla de oro, en premio de sus heróicos es-

(1) Por esa época Julio Arboleda dió á luz en *La Revista* de Lima una serie de cartas dirigidas al entonces presidente del Perú, general Rufino Echenique, en las que con mano maestra trazaba un cuadro completo de los males que aquejan á las Repúblicas hispano-americanas, exponiendo con no menos acierto los remedios que en su concepto podían librarlas de los achaques revolucionarios y darlas vigor y fuerza en la via de la libertad racional. Esas cartas aparecieron bajo el seudónimo de *Eldropeito*, y produjeron honda sensacion en toda la América.

(2) Esa juventud estaba imbuida en las doctrinas de la revolucion francesa, y soñaba con *jugar á la revolucion*; á pesar de que entre nosotros no habia ni fueros y privilegios que destruir, ni reyes que mandar al cadalso, etc. Los ambiciosos de antigua data sabian bien que es sangriento el juego de las revoluciones; y como lo que deseaban era sangre, alentaron á los jóvenes á seguir por la senda que les habian insidiosamente trazado. Estos lo que deseaban era auditorio para perorar; su sueño era aparecer como oradores; los ambiciosos de mala ley, enemigos de la virtud, de la inteligencia y de la propiedad, les procuraron ese auditorio: ellos mismos iban á aplaudir los discursos de los jóvenes, y llevaban sus parciales, para que aplaudiesen tambien; pero á los discursos de los oradores en ciernes, siguieron las persecuciones y las venganzas de los demagogos de profesion y de los pretendientes al poder absoluto. Los jóvenes conocieron entonces que no se puede *jugar á la revolucion*; pero ya era tarde: el mal estaba hecho: la República se hallaba en conflagracion.

fuerzas por defender la moral, la libertad y las leyes. — Una junta de senadores, representantes y padres de familia, que se reunió en Bogotá, con el objeto de designar el candidato para la vice-presidencia de la República, adoptó á Arboleda casi con unanimidad; pero este renunció su candidatura, y como se le instase para que la aceptara, declaró: « que adoptarlo á él equivalía á perder la eleccion, porque estaba irrevocablemente decidido, y lo declaraba bajo su palabra de honor, á no aceptar de ningun modo aquella magistratura. »

En virtud de tan solemne protesta, la junta designó al ilustrado doctor Manuel M. Mallarino, que hoy es el vice-presidente y encargado del Poder Ejecutivo, y por cuya eleccion trabajó Arboleda con todo el empeño y actividad que él pone en cuanta cuestion interesa al bien de su país.

Mientras esto pasaba, cuestiones de alta importancia agitaban al Congreso, y otras no ménos graves surgian del palacio presidencial. Un malestar general se sentia, todos desconfiaban de algo, todos presentian el acacimiento de una desgracia: la atmósfera política estaba pesada: la tempestad bramaba á lo léjos.

Arboleda era el campeon parlamentario del partido del orden; y viendo con suma claridad de donde venia el mal y cuál era el alcance de los planes del ministerio, — se decidió á luchar con todo el lleno de sus fuerzas contra los que de un lado, con Obando á la cabeza, marchaban á la dictadura militar, — y contra los que de otro lado, teniendo á Murillo por jefe, querian anarquizar mas el país. Y á la verdad, pocos hombres ha habido en la Nueva Granada que, se hayan dedicado con mayor perseverancia á servir á la República en aquel período.

El Sr. Ricardo Vanegas dió crédito á cuanto Arboleda decia acerca de la proyectada conspiracion; y logró hacer participar de sus creencias al patriota general Tomás Herrera, que tenia entonces el cargo de Designado; pero ya todo era tarde, á ménos que no se quisiera obrar con decision y atrevimiento.

Arboleda, convencido cada vez mas de la inminencia del peligro y no queriendo ver á su patria sumida en un océano de desgracias, le dijo al general Herrera: — « Resolvámonos á perdernos nosotros; pero salvemos el país: Vd. y yo tenemos amigos que nos sigan: del cuartel de caballería va á salir la revolucion — apoderémonos de ese cuartel. Obando protege á los malhechores, — y así, nada podemos esperar de él. El derecho natural nos autoriza para defendernos y defender la sociedad. Es preciso obrar, y obrar pronto. — « No, contestó el general Herrera, eso equivaldría á hacernos revolucionarios. » — « Que se diga eso, replicó Arboleda — que nos calumnién, nos condenen, nos fusilen, si lo quieren; pero no permitamos la perpetracion de los crímenes que se preparan, y que son ya inevitables, si no damos nosotros el golpe ántes que ellos. » El general desechó tenazmente ese proyecto.

Los profetas del dia siguiente han escrito despues, que ellos sabian perfectamente que iba á estallar la revolucion que tanto hizo perder á la Nueva Granada; pero entonces, ¿porqué no se apresuraron á tomar medidas para impedirlo?

Cerrados todos los caminos que Arboleda habia querido seguir para librar á su patria de los horrores de la revolucion que se preparaba, dió otro paso que lo llenará siempre de honor. Conociendo que la ambicion es la pasion dominante del general Obando, llegó á figurarse Arboleda, que esa pasion podia ponerse al servicio de la República, si se la daba una buena direccion; creyó que el general Obando desistiría de sus mezquinos proyectos de tiranía, si podían enderezarse sus pensamientos á objetos grandes y elevados. Guiado de esta idea, tuvo una conferencia con Obando, y le hizo una pintura lisonjera de la gloria que alcanzaria, si, por las vias pacíficas, llevaba á cabo un proyecto de confederacion de varios Estados hispano-americanos. Le habló largamente acerca de las ventajas que con la union alcanzaria la raza latina en la América, y de los medios mas adecuados para salir avante en esa empresa; ofreciéndole sostenerlo con todas sus fuerzas en tal senda; para lo cual trataria de procurar además el apoyo de sus amigos políticos. « Si Vd. general (dijo Arboleda despues de haber entrado en los mas minuciosos pormenores) si Vd. acoge este proyecto y se esfuerza por hacerlo triunfar, Vd. se llenará de gloria; y en este caso, nadie en el mundo sabrá que yo le indiqué á Vd. la idea. » Todo fué inútil: la ambicion es como la avaricia: puede ser de cuartos, ó de millones: la de Obando ha sido siempre de centavos. Cuando Obando fué juzgado por el Senado, presidido por Arboleda, aludiendo á esta conversacion dijo el acusado: « ¡ Oh! en ese día no hablamos sino de cosas muy grandes y muy honrosas. » Y muy honroso fué ciertamente para Arboleda este nuevo esfuerzo que hizo para impedir la conspiracion, — tanto mas, cuanto que Obando ha sido siempre su constante enemigo y su perseguidor encarnizado; habiendo llegado su odio contra él hasta el punto de haber dado orden para que lo mataran en el cuartel de caballería, como aparece de la causa de responsabilidad seguida contra aquel presidente traidor á su patria.

El 17 de abril de 1854, á las 4 de la mañana estalló el cañon revolucionario. El ejército y los clubs democráticos proclamaron dictador al presidente general José M. Obando; y proclamaciones iguales tuvieron lugar en algunas otras provincias. Melo, el jefe de la caballería, tuvo á bien ayudar á desempeñar su papel al dictador.

El general José María Obando estaba en el poder, y en la altura á que le habian elevado, justificaba mas y mas, con cada uno de sus actos y hasta con sus omisio-

nes, el cargo que se le habia hecho desde tiempo atrás, y principalmente en *El Día*, en *La Civilizacion*, en *El Misóforo*, etc., de que aspiraba á la Dictadura. — Julio Arboleda habia dicho explícitamente: si Obando sube la presidencia de la Nueva Granada, se hará dictador. Obando se empeñó en realizar esa prediccion.

Los proyectos de dictadura empezaron á ponerse en claro desde que se vió la bondad con que el presidente y su ministerio trataban á los miembros de los clubs democráticos, que atacaron á la Representacion nacional en mayo y junio de 1853. ¡ Cosa bien singular! Murillo y sus adeptos habian fomentado esos clubs democráticos, para infundir entre cierta parte de los artesanos, que pudieron corromper, el odio mas profundo contra los verdaderos patriotas; y á poco tiempo, esos clubs, sin dejar de perseguir á los buenos ciudadanos, apestaban sus tiros contra sus mas antiguos jefes! — *Mentita est iniquitas sibi...*

Al pasar Arboleda por Cartagena, cuando iba á ocupar un asiento en el Senado, uno de los mas ardientes partidarios del general Obando, dijo: « Arboleda va al Senado; pues en buena trampa van á caer él y los *gólgotas*. (1).

Todo anunciaba contra la representacion nacional y las instituciones legales por los que estaban ejerciendo el Poder Ejecutivo en 1854, que un golpe de mano se preparaba. En tal estado de cosas, viendo Arboleda que los malos estaban armados, y los patriotas se encontraban inermes, presentó al Senado un proyecto de ley, que esta Cámara aprobó en tres debates, para declarar libre el comercio de armas y municiones en toda la extension de la República, y para dar á todos los granadinos el derecho de llevar armas é instruirse en su manejo.

Hablando de la necesidad de adoptar esa medida, decia Arboleda: — « Esta es la verdadera Constitucion de la República. El pueblo no necesita de letras ni de renglones impresos: lo que necesita es armarse para conservar sus derechos y libertades. Ya los malos están armados, todos sin excepcion, á costa del tesoro público; y es preciso, ó desarmarlos á ellos, lo que es imposible, — ó permitir que los buenos se armen á su propia costa, — ó declarar de una vez, que nosotros, nuestras mujeres y nuestros hijos somos propiedad de los bandoleros. » Sin embargo, aquel proyecto, que, entre otros objetos, tendia á salvar á los *gólgotas*, que estaban como en capilla, fué detenido en la Cámara de representantes por los mismos á quienes mas interesaba; pero al fin se aprobó tardía é incompletamente.

Entretanto, los conspiradores, y especialmente el general Obando, se empeñaban en hacer creer, y muchos de los *gólgotas* creían, que Arboleda tramaba una revolucion. Era preciso hacerlo sospechoso, para arrebatarse su influencia y el consiguiente poder de salvar á los ciudadanos destinados al sacrificio. Era aquella una intriga muy usada; pero, ¿qué intriga deja de producir su efecto en las cuestiones políticas? Arboleda, celoso siempre de su buen nombre, interpeló varonilmente en pleno Senado, al secretario de Guerra, para que declarase si el gobierno tenia fundamento alguno para sospechar que él, Arboleda, tramase alguna revuelta; y el secretario declaró explícitamente, que el gobierno no tenia fundamento alguno para ello.

El Congreso habia llegado á ser el punto de mira de los ataques del general Obando: sus parciales no solo desacreditaban esa corporacion, sino que ponian los medios para que la anarquía se apoderase de ella, con el propósito de justificar en algo los planes proditorios que los conspiradores elaboraban.

Cuando el horizonte político se entenebrecia mas y mas, una cuestion de poca gravedad puso en colision las dos Cámaras legislativas. Pretendian ciertos diputados, dándole un falso giro á un artículo constitucional, desvirtuar el principio terminante de la division del Congreso en dos Cámaras, y hacer de ellas en todo caso una asamblea, un solo cuerpo. La cuestion no era de saber cuál de los dos sistemas entraña mas bondad: tratabase de hacer observar la Constitucion, y en este caso los senadores estaban en el verdadero camino.

El Senado, despues de haber oido las reclamaciones de la otra Cámara, comisionó á Arboleda para que expusiese por escrito las razones que habia para mantener la division del Congreso en dos cuerpos distintos. Al siguiente dia, el comisionado presentó su informe, informe que aprobó el Senado, y que publicado en diversas partes de la América, ha sido elogiado como una obra maestra.

Las frases últimas de ese brillante documento, indicaban bien claramente la necesidad en que estaban los Cuerpos colegisladores, de mantenerse unidos, para poder conjurar la tempestad que amenazaba próxima, y que se descargaría violenta contra las leyes y los principios. En efecto, se habian celebrado juntas cuasi-secretas á las cuales asistieron el general Obando y sus partidarios, y en las que se habló con calor sobre la necesidad de cambiar el orden de cosas existente. Súpose que habia proyectos para rodear al Congreso con la fuerza armada; intentábase hacer pasar á los representantes y senadores por una puerta estrecha que conduce á las galerías del local donde se reúnen las Cámaras, de otro edificio contiguo, — y degollar, cuando pasaran, á aquellos de quienes podia temerse algo por sus opiniones, por su valor y por su influjo.

Arboleda sabia todo lo que se pasaba, y comunicó su

(1) Se dió el nombre extraño de *gólgotas* á los jóvenes que perteneciendo al partido de López y de Obando, se separaron de este cuando se trató de elegirlo para presidente.



fundados temores á personas de reconocida influencia. En una de las alamedas de Bogotá hizo los mayores esfuerzos por persuadir al señor Pedro F. Madrid, de que iba á estallar una revolucion sangrienta; pero el señor Madrid no se dejó vencer: discurrió este señor sobre la torpeza de cometer un acto semejante, y sostuvo su opinion con razones tan fuertes y plausibles, que Arboleda se vió obligado á indicarle la manera como él habia obtenido los informes que le daban profunda conviccion de lo que aseveraba. Mas á pesar de eso, el señor Madrid, hombre poco asustadizo, inclinado á juzgar del corazon de los demás por su propio noble corazon, — y no comprendiendo que existiesen gentes capaces de tanta torpeza, porque juzgaba de la inteligencia de los otros por su propia magnífica inteligencia — nada creyó. Lo mismo sucedió con otros tres sujetos de importancia en el país; y Arboleda hubo de pasar por Casandra no creida.

Reuniéronse varios representantes y senadores en casa del patriota Sr. Francisco Caicedo Jurado; y Arboleda les hizo presentes sus temores, manifestándoles que tenia datos seguros para creer que un golpe á mano armada estaba próximo, y exhortándolos á tomar medidas en consecuencia; pero el Sr. Antonino Olanó, hombre notable por su fortuna, sus relaciones y su posicion política, no solo contradijo á Arboleda, sino que afirmó no haber la mas leve causa para abrigar temores, agregando: — que todos podian dormir en paz — que él garantizaba que el orden no se trastornaría. Solo los señores Pastor Ospina, Fidel Mendez y algunos otros tres fueron de opinion que se debian adoptar los planes de Arboleda.

Este señor, profundamente disgustado, llegó á pensar que su lealtad se penia en duda, y dijo: « Yo espero que todos tendremos valor para morir el dia del peligro, que está bien próximo: el honor ordena que ese dia muramos defendiendo nuestros puestos. » A poco se separó de sus copartidarios, afligido, pero no desalentado, y resuelto todavía á hacer cuanto pudiese para impedir de algun modo los males que amenazaban la República.

Sabia Arboleda, que una de las personas que mas riesgo corria era el Sr. Manuel Murillo, y no solo se lo advirtió varias veces, sino que cuando tuvo noticia de que se aproximaba la revolucion, en que debian figurar una gran parte del ejército y las sociedades democráticas, se puso de acuerdo con dicho señor sobre los medios de hacer armar á la parte sana de la poblacion de la capital: y despues de conferenciar con el gobernador de la capital, miembro del partido conservador, y con el eminente señor doctor Pastor Ospina, Arboleda presentó al Senado una proposicion con aquel objeto.

J. M. TORRES CAICEDO.

(Se continuará.)

**Las carrozas de aparato de la coronacion**

DEL EMPERADOR DE RUSIA.

Los muchos viajeros que las grandes fiestas de la consagracion del emperador Alejandro han llevado á Moscou, se quedaron deslumbrados particularmente ( como aseguran todos los corresponsales de los periódicos) con el aspecto singular que presentaban en el cortejo imperial á su entrada en el Kremlin varios coches ó grandes carrozas de aparato, obras de un valor incalculable

así como los arreos, de oro, de terciopelo y de piedras preciosas. Algunos de estos carruajes, verdaderos monumentos históricos, son de los reinados de Pablo I y de Catalina II en cuyas coronaciones figuraron ya.

Como un dibujo es cien veces superior á toda descrip-

dour, por águilas con las alas desplegadas cuya forma presenta unos contornos tan caprichosos que se necesita mucha atencion para reconocer el ave que figura en el blason de los soberanos del Norte; en el cuerpo del coche no hay un vacío que no se halle cubierto con esa

escultura abundante recargada de florones, de palmas y de follaje sin dejar el mas pequeño espacio ó superficie llana; el fabricante se conoce que aborrecia tanto la línea recta, que hasta en las ruedas introdujo su sistema favorito de formas onduladas. De paso notaremos que no hay sitio ninguno para los lacayos en la trasera del coche; solo detrás del pescante se ve un taburete para los pajes.

El coche de la emperatriz reinante, aunque sus adornos son de igual riqueza que los del anterior, tiene sin embargo, una apariencia mas sencilla debida al estilo menos recargado que se usaba bajo el reinado de Luis XVI. En la imperial tambien con su corona en medio, se ven seis águilas de dos cabezas reunidas por una galería de la cual baja sobre el cuerpo del coche un lambrequin continuo con ricas franjas; los tableros, cuyos fondos de oro de cuadrillos cubiertos

en parte por los pliegues de unos paños levantados á intervalos iguales, están sembrados de ramilletes de flores diversas, dentro de una orla formada de palmas y de azucenas entrelazadas; unos genios que concluyen en follaje y extienden sobre sus cabezas guirnalda de hojas y de frutos se lanzan de la trasera á la que se fija un sistema de suspension menos primitivo que el que sostiene la carroza de la emperatriz madre; el pescante presenta el mismo sistema de asiento para los pajes.

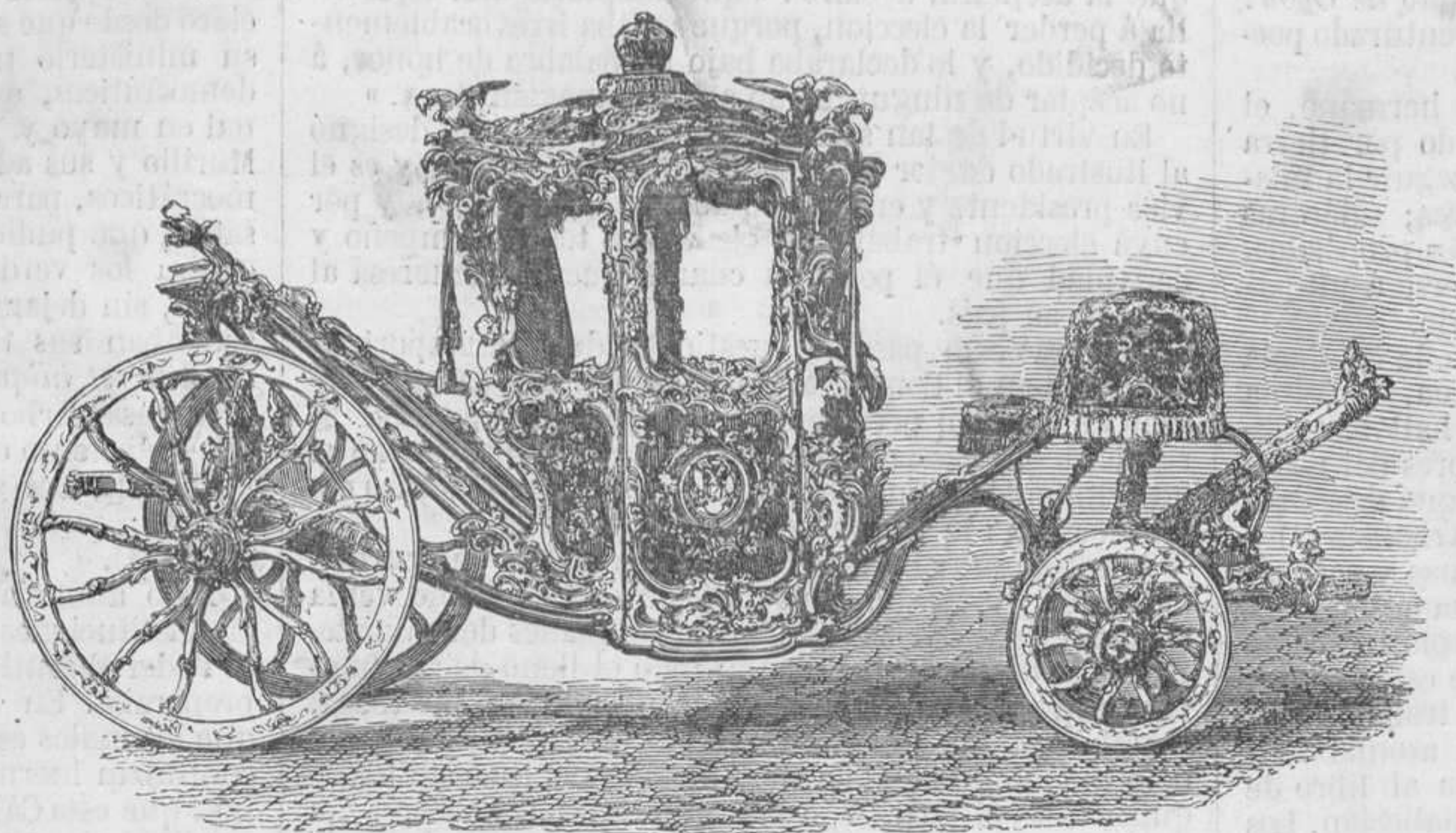
La gran carroza que viene despues, verdadero coche de gala donde cabe toda una familia de principes, y del mismo estilo Luis XV al que pertenece el carruaje de la emperatriz madre, pero con menos ornamentacion; su forma escultural es la que se conoce con el nombre de forma *rocalla*. Esta carroza puede considerarse como una de las muestras mas completas del arte sinuoso al que nos lleva suavemente la moda del dia.

Todos estos carruajes antiguos son evidentemente de origen francés. Las pinturas brillantes y fáciles que adornan sus portezuelas han debido ser ejecutadas, si no por el mismo Boucher al menos por los discípulos que se formaron en la escuela de ese maestro, y si han podido resistir á los destrozos del tiempo, ha sido por el abrigo que les prestó el fino y sólido barniz, especie de laca con que Martin el famoso pintor de coches dotó á los carruajes franceses del reinado de Luis XV, barniz que se empleó igualmente para cubrir las cajas de tabaco, los abanicos y los estuches que en el dia se admiran tanto.

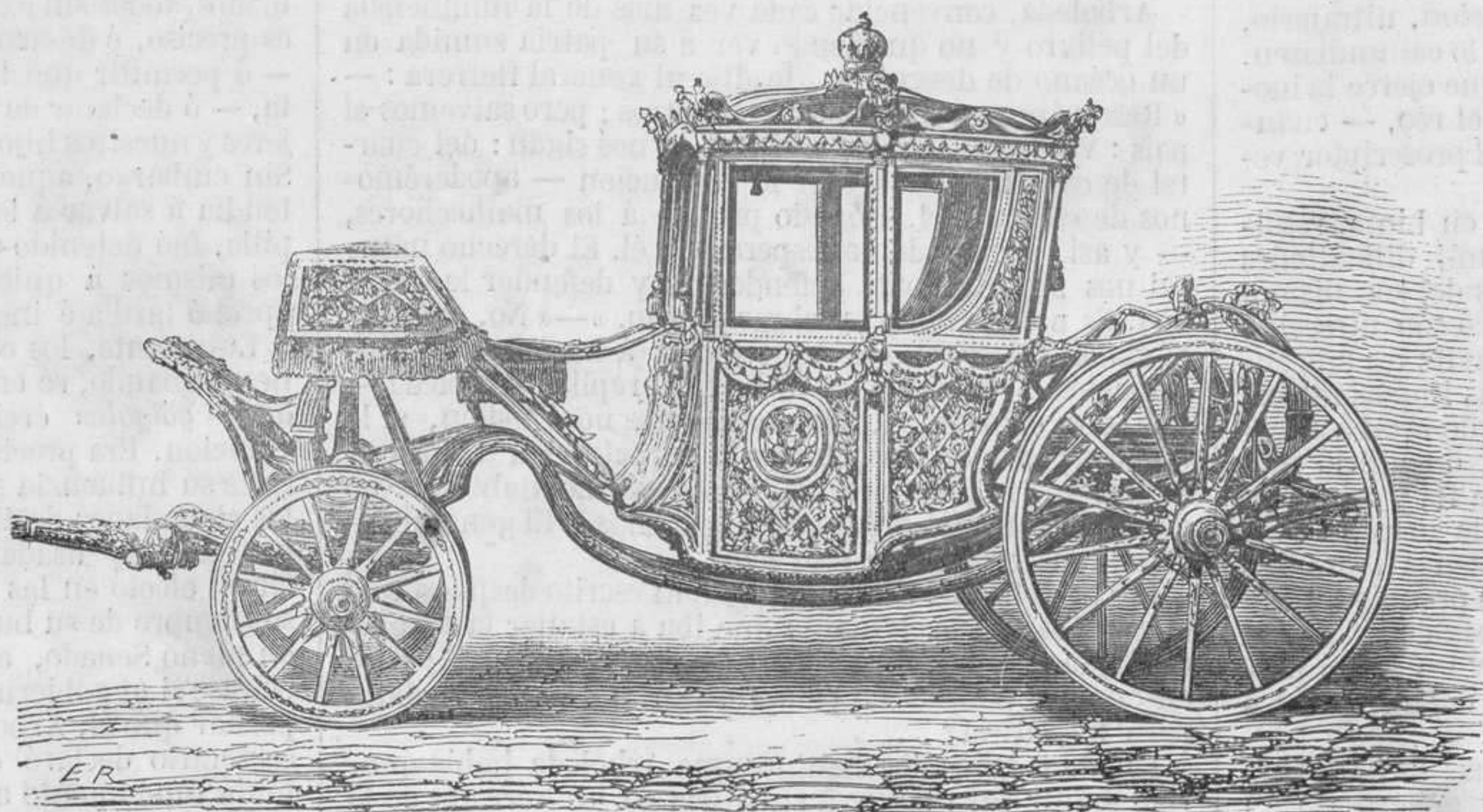
Los demás coches del cortejo imperial, todos modernos, se hicieron especialmente para la ceremonia y presentan la singularidad de que se fundieron enteramente en bronce para ser luego cincelados y dorados. A mayor abundamiento estas carrozas, carretelas y pequeños carruajes de que hablamos ahora, tienen las formas que se usan hoy, si bien conservan, sin embargo, en el ornato de alto relieve á que tan bien se presta el bronce, un carácter florido que los pone en cierta armonía con los vehículos históricos y venerables cuya descripcion antecede. Esos carruajes salen en su mayor parte

de los talleres rusos de los señores Tadsky, Frabellius y Yacoblé; los restantes han sido ejecutados por el Sr. Chopin, excelente fabricante de bronce, que aunque establecido hace mucho tiempo en San Petersburgo, ha sabido conservar intacto el sello del gusto francés.

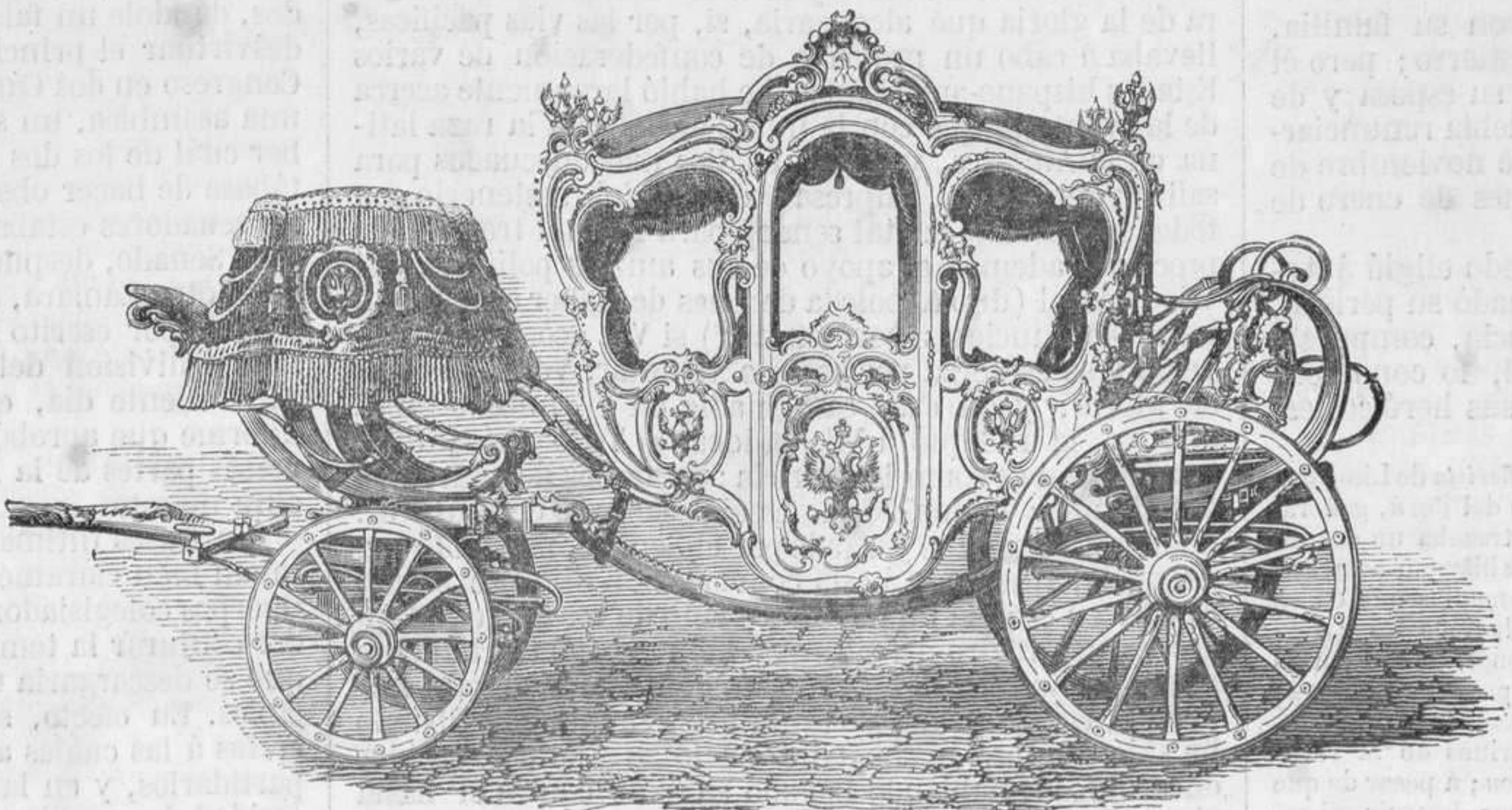
G. F.



Carruaje de la emperatriz madre.



Carruaje de la emperatriz reinante.



La gran carroza de aparato.

pesada. La forma y el ornato de ese pequeño palacio recuerdan el estilo mas puro que se usaba bajo el reinado de Luis XV. La imperial donde se ve una corona cerrada descansando en un rico almohadon termina en sus ángulos ó mejor dicho en sus cuatro extremidades, pues no existe ángulo ninguno en esa obra maestra Pompa-

das, si no por el mismo Boucher al menos por los discípulos que se formaron en la escuela de ese maestro, y si han podido resistir á los destrozos del tiempo, ha sido por el abrigo que les prestó el fino y sólido barniz, especie de laca con que Martin el famoso pintor de coches dotó á los carruajes franceses del reinado de Luis XV, barniz que se empleó igualmente para cubrir las cajas de tabaco, los abanicos y los estuches que en el dia se admiran tanto.